

De la obra
ENSAYO DE GEOGRAFÍA... DIVINA
de Fernand CROMBETTE

la misteriosa isla de Pascua y la Atlántida



Resumen de Noël DEROSE

**CESHE
B.P. 50**

F - ST. AMAND CEDEX

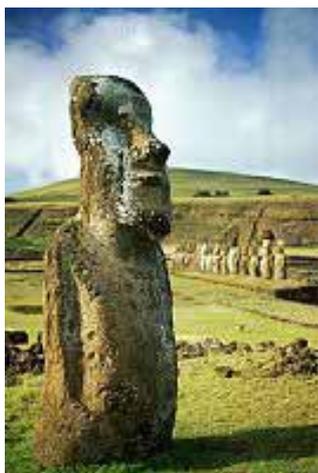
“LA ISLA DE PASCUA”

Nº 31 de la serie original (302 páginas)

¿QUÉ SE SABE DE LA ISLA DE PASCUA?

Todos conocen, al menos por haber oído de ella, esta pequeña tierra de un pasado enigmático perdida en la inmensidad del Océano Pacífico. ¿Quién ha percibido sus misterios? Nos atrevemos a decir: hasta hoy, nadie.

Algunos han creído explicar algo formulando hipótesis que siguen esperando todavía ser demostradas; otros piensan haber comprendido efectivamente y presentan nuevos argumentos. En realidad esos misterios siguen ahí, y los elementos, los mismos materiales descubiertos durante la búsqueda, lejos de ayudar a resolver las dificultades, han añadido más bien otras. La bibliografía de la isla de Pascua ya es muy abundante; la radio y la televisión, por su parte, han divulgado los descubrimientos y las ideas de ciertos investigadores. Esta isla es muy pequeña: tiene la forma de un triángulo rectángulo; los lados del ángulo recto miden respectivamente 16 y 18 km, la hipotenusa 24 km, o sea una superficie de unos 148 km².



El primer capítulo del libro de F. Crombette consiste en citas de obras publicadas, de las que el autor toma la descripción y el origen de la isla y de sus primeros habitantes, o que tales se suponen, así como las listas genealógicas de los reyes y reinas de ese pequeño territorio.

También cita el viaje y las aventuras de Thor Heyerdahl y el fruto de sus investigaciones. Por lo que se refiere a los comienzos conocidos de la historia de esta isla, tuvo que constatar muchas veces la existencia de dos razas bien distintas: la blanca y la morena. Igual constatación respecto a las “cortas” y a las “largas” orejas. El relato de Thor Heyerdahl, citado en el primer capítulo, menciona repetidamente las grandes estatuas presentes en la isla y que este estudioso cree poder atribuir a los indios de largas orejas, que llegaron a la isla antes que los polinesios de cortas orejas, sus vencedores. En realidad esas estatuas siguen siendo todavía uno de los grandes misterios de la isla, misterios que el libro de F. Crombette, entre otros, busca aclarar. En la página 176, al final del 1º capítulo, Crombette hace la siguiente síntesis:

“Resumamos estas distintas opiniones. Para la mayor parte de los investigadores, la isla de Pascua siempre ha sido una isla; para algunos forma parte del continente MU, púramente hipotético, o también habría estado unida a la India. La población habría podido ser siempre la misma desde hace unos 1000 años, o haber sido formada por dos oleadas distintas de invasores. Estos habrían venido de una isla polinesia situada al oeste o, por el contrario, de América del Sur. Puede ser también que los nativos vinieran de Asia occidental. La isla habría tenido 20 o 30 reyes sucesivos.

En la isla, aun siendo tan pequeña, hay 600 estatuas colosales, unas derribadas después de haber sido erigidas, otras se hallan en todas las etapas de su fabricación, trabajo que fue bruscamente abandonado por una causa desconocida: una guerra o un



cataclismo. ¿Quiénes fueron los escultores que las hicieron? Los de la primera raza de invasores, creen unos; los indígenas recientes, dicen otros. ¿De qué tipo son esas estatuas? Polinesiano, afirman unos; sudamericano, según otros. Algunas de esas estatuas fueron erigidas sobre monumentos de piedra de factura local o también de técnica inca o pre-incaica. Además de las grandes estatuas de piedra, en la isla se encuentran estatuillas de madera extrañamente esculpidas. ¿Qué representan? ¿Polinesios, americanos, muertos, vivos? Numerosas estatuas de piedra de un formato más pequeño que las gigantes están también enterradas en el suelo o escondidas en grutas secretas; esculturas aún más extrañas que las estatuillas de madera, algunas de las cuales se parecen a monumentos de América del sur.

Inscripciones rupestres y esculturas muestran que la isla ha sido la sede del culto al hombre-pájaro, cuyo origen habría sido polinesiano o también caldeo, y que, tal vez muy antiguo, se ha conservado hasta estos últimos tiempos. Por último, en la isla han habido grandes cantidades de tablillas de madera notablemente bien grabadas con jeroglíficos análogos a los del Indo, de 4000 años de antigüedad, tablillas que los mismos indígenas han destruido casi del todo para encender el fuego. ¿Qué significan esos jeroglíficos? No se sabe”.

Partiendo de todos estos datos, distintos y contradictorios, históricos o legendarios, verdaderos o falsos, Crombette intenta reconstruir la verdadera historia de la isla. No lo hace creando una tesis fruto de su imaginación, sino basándose en la onomástica ¹, ciencia en la que sobresalía de forma particular. Y luego, además de este medio, emplea al mismo tiempo otro (siempre el mismo): la traducción con el copto de los jeroglíficos y de los nombres. Empieza poniendo orden en las listas reales, bastantes diferentes entre ellas. La traducción de los nombres le hace encontrar “su” clasificación, a la cual añade también la duración probable de los reinos. A la vez encuentra la historia de la isla en esos mismos nombres, es decir, en los nombres de las localidades. ¡Realmente en la antigüedad el nombre tenía un significado particular! Nuestros antepasados no hablaban para no decir nada. El autor corrige la opinión de varios escritores, que conocían bien el tema, para darnos él una explicación y una cronología lógica de los reinos que se sucedieron en la isla.

El fecha, con una probabilidad cierta, la época en que los de “cortas orejas” quitaron el poder de los de “largas orejas”. Según Thor Heyerdahl, esta última población, que a menudo tiene cabellos rojos, podría proceder de los indios de América del Sur, que habrían hecho sus viajes sobre balsas semejantes a la Kon-Tiki. Crombette acepta esta teoría reuniendo los diferentes datos que dan ciertos hechos históricos ocurridos en América del Sur. La época del **Exodo**, habiendo tenido consecuencias geográficas sobre toda la tierra, puede comprobarse en la isla de Pascua con el carbono 14: la fecha que da es de los años -1350/-1360 a.C..

Entonces, nos explica Crombette, los indígenas apenas llegados a la isla habían previsto defender su territorio de posibles invasiones. Esas grandes obras de

¹ - Onomástica: estudio y ciencia de los nombres propios.

fortificación necesitaron tiempo, lo que explica por qué continuaron aún hacia el 1470, cuando el inca Tupac-Yupanqui, avanzó con una numerosa flota hacia las islas del Pacífico para atacarlas. Esa fecha del 1470 no es absolutamente aquella en que fueron esculpidas las grandes estatuas. No es posible, en efecto, que en cien años una minúscula tribu india haya podido construir la fortaleza de Poike, levantar 260 plataformas de grandes piedras, algunas de las cuales son de 300 metros, y esculpir 600 estatuas que pesan decenas de toneladas. No sólo esas obras gigantescas excedían con mucho la capacidad física de los inmigrantes, sino que no podía siquiera haberles pasado por la cabeza la idea de reunir en un isla minúscula un pueblo de estatuas colosales, que no tienen igual en el mundo. Además, el tipo étnico de esas estatuas no es ni indio ni polinesio; los gigantes con una cara enorme son de una raza totalmente distinta, raza potente, primitiva, de una época en que se sabía construir lo enorme y a la vez esquematizar.

La atención de Crombette se fija en dos descubrimientos hechos por Thor Heyerdahl, que abren perspectivas inesperadas sobre la historia de la isla de Pascua. En Rano-Raraku, cerca de la trincera del Poike, el explorador ha hallado, bajo las tierras removidas en las excavaciones, “un hogar al abierto, aproximadamente del cuarto siglo d.C.. Es la fecha más antigua hasta ahora hallada en toda la Polinesia”.

Tras este descubrimiento se hizo que los indígenas le dieran la vuelta a un grueso bloque de piedra cuadrada, encontrado casi en el camino de Rano-Raraku, en el que se vio aparecer la cabeza de un dios de un tipo completamente desconocido, que tenía una nariz chato, labios carnosos y grandes bolsas bajo los ojos. Esa gran cara cuadrada no tenía nada que ver con el estilo habitual de la isla de Pascua. Había por lo tanto un nuevo elemento que se introducía entre el tipo de las estatuillas de madera, recientes, y el de las grandes estatuas de piedra, antiguas.

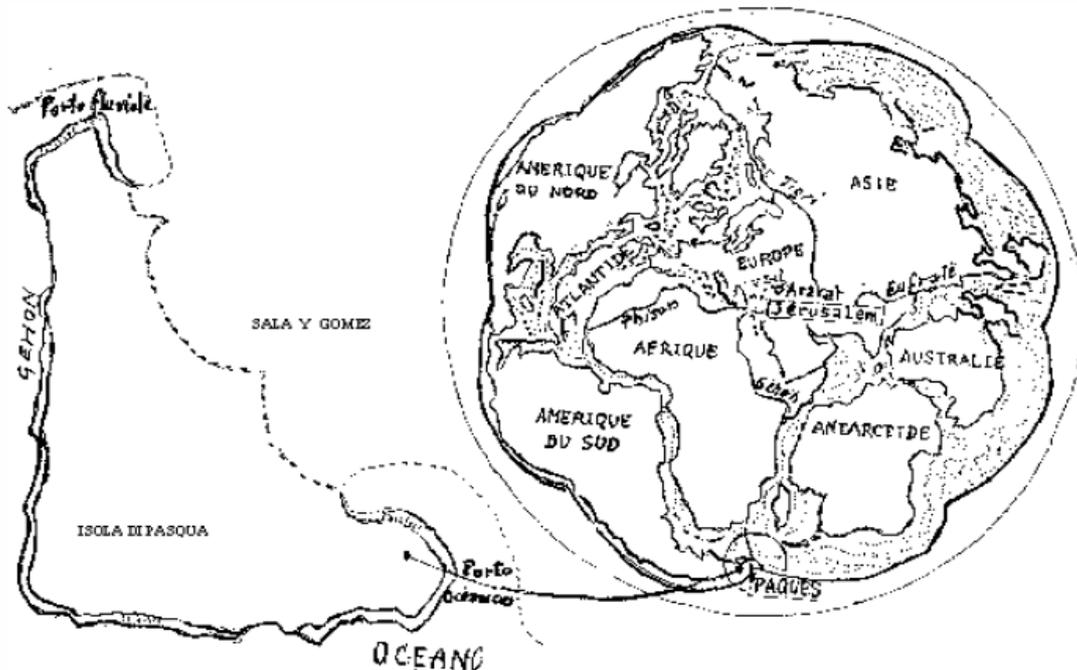
Además, otros numerosos descubrimientos hacen pensar que otra civilización haya mandado a la isla de Pascua colonos que habitaron en ella durante siglos. Sólo que, ni siquiera esos pudieron ser los autores de las famosas estatuas de piedra. Ante toda esta documentación, el autor va más lejos, ya que nadie ha encontrado un hogar que se pueda retrasar más en el tiempo. Y Crombette nos dice: *“La isla de Pascua se había quedado ciertamente desierta desde el año -2348, fecha del diluvio universal, hasta el -2004, ya que, en 343 años, la humanidad, reducida a la familia de Noé, no habría podido llegar hasta ese islote perdido en el inmenso océano”.*

¿Pero antes del Diluvio? La isla de Pascua no era entonces una isla, nos dice el autor. Como explica en detalle en el 1º tomo del “ENSAYO DE GEOGRAFÍA... DIVINA”, Dios había dado a la tierra, antes de la creación de Adán, la forma armoniosa de un casquete esférico regular bordeada por ocho festones iguales, que le daban el aspecto genérico de una flor abierta. Esa tierra era bañada, dice la Biblia, por 4 grandes ríos que nacían en el Ararat, llamados: Gèhon, Phison, Tigris y Eufrates, que desembocaban en el único Océano: el Pacífico, donde no había ninguna isla, ya que toda la tierra firme era entonces un único bloque.

En la reconstrucción que Crombette ha hecho del casquete terrestre, la isla de Pascua va a colocarse



muy naturalmente en el extremo occidental de las cordilleras, frente a la punta extrema de América del Sur. Allí el río Gèhon desembocaba en el Pacífico: la isla de Pascua entonces no era una isla sino un cabo; presentaba su ángulo recto hacia la desembocadura misma del río; uno de los lados de dicho ángulo, (el que ahora está hacia el Norte) bordeaba el río; el otro (el que mira actualmente al Oeste) era bañado por el Océano; la hipotenusa estaba girada hacia la tierra, pegada al banco que tiene la isla Sala y Gómez, su vecina. Reconstruidas así las cosas, la isla de Pascua presentaba una fisionomía del todo especial: no era una isla, no era ya solamente un cabo, era como una península dotada naturalmente de dos puertos, uno fluvial, al pie del Rano-Raraku, y el otro oceánico, en Vinapu y Rapa-Nui.



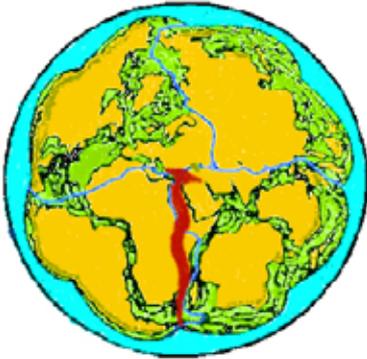
Esa situación adquiere una importancia excepcional: era un centro ideal de navegación y pesca, no sólo en su zona, sino para todo el que navegaba y pescaba en toda una amplia región del único continente. Y si había dioses de la navegación y de la pesca, allí era, naturalmente, donde se pensaba invocarlos; allí tenía que ser, junto a su doble imperio acuático, donde se les erigirían estatuas y un templo, y ese templo había de tener las dimensiones de su imperio y de la vasta región que afectaba.

Según las deducciones del autor, teniendo presentes las fechas de las 7 glaciaciones y dónde estuvieron localizadas, el territorio de la actual isla de Pascua pudo ser ocupado poco después del -3000 a.C hasta el -2348, por una raza antidiluviana, la de aquellos hombres potentes de los que habla la Biblia, que esculpieron estatuas a imagen de sus jefes, y si esas estatuas quedaron sin terminar, en todas las etapas de su fabricación, y rodeadas por los cinceles de piedra con que eran esculpidas, es porque el Diluvio Universal vino en un instante a llevarse a los escultores, el 19 de abril gregoriano del -2348 a.C.

No podemos dudar del origen continental de la isla de Pascua a causa de la constitución de sus rocas. En efecto, en la pág. 219 de su obra, Crombette escribe:

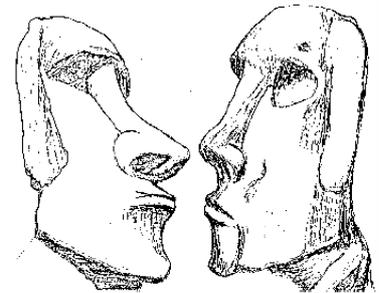
“Cada vez más se comprueba que las islas que se consideraban puramente volcánicas tienen un substrato estratigráfico. Por tanto, si se perforase el manto volcánico de la isla de Pascua se debería hallar debajo un suelo arable y restos de las plantas

que lo cubrían antes del pecado original. Analizando con el carbono 14 esas plantas, si podría controlar aproximadamente el periodo de 100 años transcurrido desde la creación de Adán hasta su pecado (-4004, -3904). Si la excavación fuera suficientemente grande, también podría revelar los restos de los animales que poblaban entonces esa región de la tierra; pero sería inútil buscar esqueletos humanos, ya que la raza humana estaba compuesta entonces sólo por Adán y Eva”.



Para comprender esta precisión, hace falta considerar la posición de la “espada de fuego”, traducción de la Biblia mediante el copto, que indica una región en forma de espada, pero una espada formada por erupciones volcánicas. La futura isla de Pascua se encontraba en la punta de esa “espada”. Por consiguiente pudo ser, antes del Diluvio, una zona de erupciones volcánicas.

¿Pero quienes eran aquellos jefes divinizados cuyas imágenes ha conservado la isla de Pascua? Podemos leerlo en detalle en la obra completa que aquí resumimos. Las grandes estatuas de la isla son de dos tipos, diversos no sólo por el tipo físico, sino también por su estructura. Por lo tanto eran de dos épocas sucesivas y representaban dos distintos personajes, de edades diferentes. Se debe notar que las grandes estatuas, incluso acabadas, no tenían órbitas diseñadas, aunque parezca que miren, y ese efecto lo da la profundidad de la sombra que producen las arcadas de las cejas.



Ediciones Moana–Rapa-Nui (91100 Corbeil, Francia) publicó en 1982 un libro muy cuidado: “Nueva mirada a la isla de Pascua”.

Un miembro de un equipo internacional encontró debajo de una de las estatuas fragmentos de coral cortado y bruñido y toba volcánica. Se dió cuenta de que esos fragmentos, reuniendolos como un puzzle, eran uno de los ojos de la estatua: el ojo era de coral y el iris de toba. Reunido, el ojo así formado encaja perfectamente en la órbita vacía. La mirada de la estatua está así dirigida al cielo. Es imposible saber si todas las estatuas han tenido ojos así. El tipo físico de unas y otras no tiene nada de polinesiano o de indio. Esas cabezas hacen más bien pensar a un tipo primitivo de la humanidad, que ya no existe en nuestros días. Añadimos que en estos dos tipos de estatuas de edades diferentes, aunque son de la misma época antigua, podemos ver un padre y un hijo sucesivamente glorificados. Notemos que tienen también orejas muy largas.

Con el mismo método que había empleado para traducir otras escrituras antiguas, Crombette descubre el secreto de estas estatuas y el nombre de los dos personajes representados:

- el que lleva el gorro rojo representa a **Mesciuodjôhél** (el bíblico Maviaél), inventor y dios de la navegación;
- el otro es **Methuosciôhèl** (Mathusaél), dios de la pesca. Respectivamente son el tercero y el cuarto descendiente de Caín.

Después de tomar nota de la posición de todas las estatuas, Thor Heyerdahl concluye que todas las estatuas encontradas miraban hacia el oeste y el diseño de su

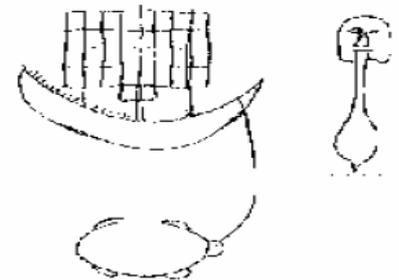
diagrama confirma esa hipótesis. Examinándolo, se ve que en un arco de 110° ese diagrama está vacío.

Si se coloca ese diagrama en la posición indicada por Crombette como una península en la antigua desembocadura del Gehon antes del Diluvio, se nota que los 110° corresponden a la longitud de la conjunción de la isla con el continente único.

Y como las estatuas representaban a los antepasados divinizados y encargados de proteger a los pescadores en el mar, sus miradas abarcaban toda esa extensión de agua. La isla de Pascua era por consiguiente un centro de adoración de los dioses de la navegación y de la pesca.

Las calzadas, que van actualmente hacia el Océano y en él se pierden, son otra confirmación de cómo la actual isla estaba unida al continente.

Crombette nos da además la traducción y el significado de los turbantes rojos (“*pukao*”) que tienen ciertas estatuas²; de la incisión que representa una embarcación de tres palos con velas y una cuerda que va hasta una tortuga, incisión que figura sobre el vientre de una estatua; del remo con cabeza humana que se ve a menudo y de la cruz gamada o esvástica. Todas esas figuras, nombradas en lengua copta, permiten a nuestro autor sostener luminosamente su tesis y su demostración, y a nosotros nos abre, sin la menor duda posible, la historia de la antigua isla de Pascua.



Sabemos así que la cruz gamada es anterior al Diluvio universal y significaba: “*Aquel que ha hecho la multitud de las cosas con peso y medida*”, o, según otra lectura: “*Figura divina contra la maldición*”. Era por consiguiente un amuleto, además de ser una invocación a Dios, extendida tal vez después a los falsos dioses. Y no deja de ser importante que, desde los primeros tiempos de la humanidad pecadora, ésta haya invocado la cruz como un remedio contra la maldición divina.

Esta explicación puede relacionarse igualmente con los colores alternos y opuestos que tienen ciertos remos. Otras cabezas humanas representadas con ánclas o piedras, el hermanar gráficamente pájaros con el pico unido, así como otros objetos, por ejemplo el *boomerang* (inventado por Mathusael), así mismo nos revelan, como nos explica el autor, sus diferentes significados: encantamientos, talismanes o resultados de observación.

El libro nos dice también el motivo por el que la cara de esas estatuas es tan fea: es el vicio lo que produjo la degeneración de la belleza de Adán. El hombre antidiluviano, por lo tanto, lejos de haberse elevado progresivamente de ser bestia a ser hombre

² - El citado libro de la editorial MOANA, nos dice que los investigadores han encontrado gorros de las estatuas, di forma trapezoidal cónica y de color rojo. Si Crombette hubiera sabido este detalle, tal vez habría podido individuar los dioses que tuvieron esos gorros. Todavía ignoramos la solución de esta búsqueda, pero esperamos que uno de nuestros especialistas del copto encuentre un día la respuesta. Después de que los investigadores hicieron fabricar uno idéntico, al colocarlo sobre una estatua que no lo tenía, ésta fue precipitada al mar por un maremoto. Esto nos hace pensar en la semejanza con el caso de la torre de Babel y la reproducción de la misma que le hicieron en la Antigüedad, que ambas fueron incendiadas, la primera durante su edificación y la otra durante su reconstrucción. Podría tratarse en este caso de la estatua de *Caín* o de *Lamek*, inventor de la magia, pero es una suposición.

perfecto, por el contrario se degradó física e intelectualmente, como ha demostrado el autor en su **“Síntesis prehistórica y boceto asiriológico”**.

El evoca así las estatuas negras, las de *Henoch*; las rojas, de *Irada*, y las amarillas, de *Lamech*, inventor de la magia. A través de estas estatuas llegamos así a los orígenes de la humanidad; hacemos también un descubrimiento realmente asombroso y aún más inesperado que el de las estatuas colosales y las tablillas de la isla. Ese descubrimiento explica por sí solo los grandes misterios de la isla de Pascua.

Lamech fue el inventor de los jeroglíficos que hay en las tablillas pascuanas; eso no supone por fuerza que él mismo haya estado en ese lugar, sino sólo que haya formado alumnos-brujos que se hayan extendido por el mundo y hayan trabajado siguiendo sus principios. A menos que se descubrieran signos análogos en Mesopotamia, que fue su cuna, se puede afirmar que los jeroglíficos de la isla de Pascua son los más antiguos del mundo, y lo mismo que más tarde serán los jeroglíficos egipcios, se presentan desde el principio con una grafía perfecta y formando un conjunto coherente, un sistema ya completo.

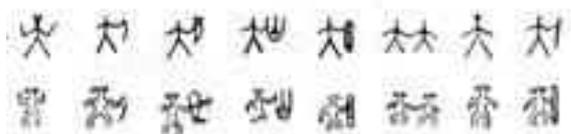
Esas tablillas no contienen en modo alguno temas que se recitan, como ciertos indígenas han hecho creer a los estudiosos que les pedían explicaciones; la respuesta se encuentra claramente en la obra que aquí resumimos. Por lo demás, no se sabe qué admirar más en ese libro: si el descifrar lógico de los datos, la colocación en un orden conveniente de los objetos que permite la reconstrucción histórica de la isla, o la base de lectura propuesta para los signos pascuanos.

Notemos también que la lectura de las tablillas se hace según el método *“bustro-fédico”*, o sea, que al final de la primera línea el lector le da la vuelta a la tablilla y lee los signos en sentido contrario; y así sucesivamente. Se lee en la forma como un agricultor que ara la tierra haciendo que de la vuelta su animal al final del campo para trazar el surco sucesivo.

La estrecha semejanza entre los signos pascuanos y los que se han hallado en el valle del Indo evidencia que los pascuanos son netamente mejor estilizados, y que de la escritura pascuana pueden haber derivado la sumeria, la hittita, la protoelamita, la cretense, la egipcia y la del Indo.

En realidad, este carácter ancestral se aplica a la idea misma de la magia y al principio de la escritura jeroglífica, ya que, desde el punto de vista de los detalles de la grafía, cada nación se ha evolucionado por separado; cada escuela de escribas se inspiró en su propio ambiente para crear un material nacional de signos. Además, todas las escrituras nombradas, con excepción de la del Indo, son inmediatamente posteriores al Diluvio: son *camitas*, mientras que la pascuana es *cainita*, y si la del Indo se le parece, es porque sin duda es antidiluviana. La escritura *cainita* ha podido ser reconstruida después del Diluvio sólo por los supervivientes de la catástrofe, o sea, por Noé y sus hijos, y muy probablemente por el primogénito, Cam, el que fue maldecido, porque sobre todo en los pueblos de su descendencia es donde aparece. Por otra parte Noé, siervo de Dios, no tenía necesidad alguna de ocuparse de una escritura fundada en la magia.

En cuanto a las civilizaciones de Pascua y del Indo, son hermanas: Pascua fue la primera, la del Indo fue su alumna, siendo su padre común Lamech, rey de Sippa (a la



altura de Bagdad). Se comprende por tanto que los mismos métodos mágicos se encuentren en Pascua, en el estuario del Géhon, y a lo largo de los valles del Indo y del Ganges, que no son sino restos del grande Eufrates primitivo.

El libro termina dando una ojeada a la historia del anzuelo y de la pesca, que desbarata los datos habituales de la prehistoria, e indica sus diversos significados. El autor pone las bases de la lectura y traducción de los jeroglíficos pascuanos, de origen cainita como ya hemos dicho, y presenta todas las pruebas en apoyo a su método. El no esconde que es difícil de seguir, porque por un lado la identificación de objetos de la más remota antigüedad es a veces laboriosa y también incierta, en ausencia de puntos de comparación actuales; y por otro lado Lamech, inventor de los jeroglíficos, ha realizado desde el principio un sistema artificial de signos muy complejos, como lo será más tarde el grifón, por ejemplo, ese animal quimérico con cuerpo de león, cabeza y alas de águila, orejas de caballo y aletas de pez, todas particularidades del sentido esotérico. Por tanto, si lo real ya es difícil de descifrar, ¡cuánto más lo artificial!

Es el caso de todos los jeroglíficos: la forma o los detalles del diseño “hablan” ellos mismos, y pueden ayudar a encontrar o a precisar el sentido o sentidos, pues a menudo sucede que los mismos signos puedan ser objeto de varias traducciones simultáneas y –prodigio de esta lengua primitiva– complementarias.

Que esa escritura mágica haya logrado, desde el principio, semejante grado de complicación y de perfección para expresar pensamientos, da una idea de la penetración y de la inteligencia que tuvo su inventor Lamech. Desde luego, si hubiéramos tenido la menor sospecha de esas realidades, nunca habríamos considerado a los hombres del Paleolítico como semibrutos, cuando nosotros no seríamos capaces de hacer otro tanto. Es la gran lección que se puede sacar de los secretos de esta isla que, hasta ahora, no era sino la “misteriosa isla de Pascua”.

En definitiva, un libro muy fácil de leer, pero en el que hay tanto contenido que se podrían movilizar enteros equipos de estudiosos para examinar o proseguir sus principales aportaciones.



“LA ATLÁNTIDA”

Nº 32 de la serie original (398 páginas)

La traducción de Rivaud (en *PLATON - CEUVRES COMPLETES - TIMEE, CRITIAS*, Les Belles Lettres, Paris, 1925) ha sido tomada por Otto Silbermann en su obra “*UN CONTINENTE PERDIDO, O SEA, ATLÁNTIDA*” (editorial Genet, París, 1930). Dice:

“...En el Timeo Platón habla por primera vez de la Atlántida en una conversación entre Hermócrato, Critias y Solón.

Critias, dirigiéndose a Sócrates, cuenta «una historia realmente singular, pero absolutamente verdadera» y en particular la de grandes y extraordinarias empresas realizadas por Atenas, historia caída en el olvido a causa del tiempo y de la muerte de los hombres.

Un sacerdote egipcio había dicho un día al grande Solón: «Numerosas y grandes fueron vuestras empresas y las de vuestra ciudad: aquí están escritas y las admiramos. Pero una, en particular, supera a todas las demás en grandeza y heroísmo. En efecto, nuestros escritos cuentan como Atenas un día destruyó una potencia insolente que había invadido tanto Europa como Asia, y que se arrojaba sobre ellas desde el fondo del mar Atlántico..., ya que en aquellos tiempos se podía cruzar aquel mar. Había una isla situada frente al estrecho que vosotros llamais, en vuestra lengua, las Columnas de Hércules. Esa isla era más grande que la Libia y el Asia juntas. Los viajeros pasaban de allí a otras islas y desde ellas podían llegar al continente, en la rívera opuesta de ese mar que merecía verdaderamente su nombre; ya que todo lo que está dentro del estrecho del que hemos hablado, se parece a un puerto cuya entrada es angosta, mientras que por el otro lado, al externo, está ese mar verdadero y la tierra que lo rodea puede ser llamada, en el sentido propio de la palabra, un continente.

Ahora, en esa isla de Atlántida, los reyes habían formado un imperio grande y maravilloso que no sólo dominaba toda la isla, sino también otras numerosas islas y porciones del continente mismo. Además, por nuestro lado, poseía la Libia hasta Egipto y Europa hasta la Tirrenia. Pero en los tiempos que siguieron hubo terremotos espantosos y cataclismos. En un solo día y una noche fatal todo vuestro ejército fue tragado de golpe bajo tierra y la misma isla de Atlántida se hundió en el mar y desapareció. Por eso, todavía hoy, ese mar es difícil e inexorable, por el obstáculo de los fondos fangosos y muy bajos que la isla desaparecida ha dejado. Ya hemos dicho antes que los dioses se sortearon la tierra: algunos obtuvieron una región más grande, otros más pequeña y establecieron templos y sacrificios. Así es como Poseidón, habiéndole tocado en suerte la isla Atlántida, colocó en ella hijos que había tenido de una mortal. No lejos del mar, en el centro de la isla, había una llanura, la más bella, se dice, y la más fértil de todas. Cerca de la llanura y distante de su centro, había una montaña poco elevada. Allí vivía uno de aquellos hombres que, al principio de las



cosas, nacieron de la tierra: Evenor con su mujer Leucippe. Tuvieron una sola hija, Clito. Ella era todavía soltera cuando sus padres murieron; Poseidón la deseó y se unió con ella. Sucesivamente tuvo de Clito cinco parejas de hijos varones y los crió. Todos esos príncipes y sus descendientes vivieron en ese país por numerosas generaciones; eran también dueños de un gran número de otras islas del mar y, además, como hemos dicho, reinaron también en las regiones situadas de este lado de las Columnas de Hércules, hasta Egipto y la Tirrenia. La posteridad de Atlas (primero de sus hijos) todavía es honrada”.

(Sigue describiendo la riqueza de aquel imperio, su capital fortificada y la disposición del palacio de los reyes).

“Allí se iba cada año, de las diez provincias del imperio, a ofrecer a estas dos divinidades (Poseidón y Clito) los sacrificios acordados. El santuario de Poseidón tenía un estadio de longitud, 3 pletros de anchura y una altura proporcionada; su aspecto tenía algo de bárbaro. Todo su externo estaba revestido de plata, menos los ángulos del techo que eran de oro, etc... Pero cuando el elemento divino fue disminuyendo en ellos por la continua mezcla con la raza mortal, cuando el elemento humano prevaleció mucho, entonces, incapaces de sostener la prosperidad presente, se degeneraron. Entonces Zeus, el dios de los dioses, que gobierna según las leyes de la justicia y ve con discernimiento el bien y el mal, viendo la depravación de un pueblo que antes había sido tan generoso y queriéndolo castigar para llevarlo de nuevo a la virtud y a la sabiduría, reunió a todos los demás dioses en la parte más brillante de las moradas celestes, en el centro del universo, donde se contempla todo lo que participa en la generación, y habiéndolos reunido, les dijo...”

La narración, que ha quedado incompleta, se interrumpe aquí. Este es el relato de Platón (hemos presentado sólo una parte del largo texto original). Esta narración, desde el principio, provocó polémicas. Algunos vieron en ella un relato maravilloso de hechos reales; otros, como el escéptico y racional Aristóteles (uno de sus discípulos), la consideró un puro producto de la brillante fantasía de su maestro. Lo mismo ha pasado en el curso de los siglos.

Es decir, que hay dos clases de autores que han opinado sobre la Atlántida de Platón: los que la han creído tranquilamente y sin control y los que, numerosos, presentan sus prejuicios o pasiones; están los que creen dar pruebas, verdaderas o falsas, y los que la han localizado un poco por todas partes, según su fantasía; por otra parte están los que la niegan, que “no se lo creen”, que incluso afirman que es imposible, sin sostener por lo demás su negación con pruebas o con simples conjeturas; Por último están los espíritus fuertes, que en el relato de Platón no ven sino un mito de tema político.

F. Crombette empieza haciendo una crítica al libro de Imbelloni, adversario convencido de la Atlántida, titulado *“El libro de los Atlántidas”*. Demuestra que el autor no siempre ha dado prueba de buena fe y que a veces también ha presentado falsas demostraciones. Imbelloni niega la posibilidad de una intervención divina, sostiene que Dios no puede cambiar el curso de las cosas y por lo tanto excluye de su teoría los cataclismos. Pero esta tesis se apoya sobre una negación sin pruebas, pues aunque en la breve existencia de un individuo actual no se producen en la tierra más que movimientos naturales de poco alcance, sería arrogante, pasando de lo particular a lo general, concluir que nunca ha habido ni habrá ningún cataclismo en el transcurso de los milenios. Si actualmente no se producen grandes trastornos terrestres, ante los ojos

tenemos las huellas de los pasados. Las enormes masas encrespadas y metamórficas de las montañas han exigido la acción de una potencia totalmente excepcional, de la que hoy ya no vemos nada. Inmensos territorios actualmente emergidos son antiguos fondos marinos: el océano Escítico ha sido conocido y atestiguado por toda la Antigüedad, sería inútil negarlo. ¿Qué pasó con sus aguas?

La teoría de Wegener, que Imbelloni apoya, se basa en la separación de los continentes que antiguamente estaban unidos en un solo bloque. El error de Wegener ha sido suponer que esa separación, que seguiría hoy día, haya necesitado cientos de millones de años, mientras que las mediciones de longitud geográfica más precisas han demostrado recientemente que la deriva lenta de los continentes no existe; por tanto, si ha habido separación de los continentes, ha sido brutal. Es decir, un cataclismo, de una magnitud superior al del hundimiento de Atlántida.

Crombette habla de él en su obra "*ENSAYO DE GEOGRAFÍA... DIVINA*". Véanse también nuestros varios cuadernos sobre el tema, ya que quien quisiera por sí solo hacerse una idea de aquel mundo desaparecido con datos fragmentarios o con opiniones divergentes tomadas de acá y de allá, no podría hacerse sino una imagen desenfocada, con contornos inciertos en cuanto a las dimensiones geográficas así como a la duración histórica. Por el contrario, la erudición y el espíritu de síntesis de nuestro estudioso son tan profundos, que le basta reunir las citas y las obras de geólogos o de historiadores antiguos para aclarar ya notablemente el problema y establecer científicamente la ubicación aproximada de la Atlántida. Pero no se detiene ahí: él mismo emprende la demostración de la existencia del continente perdido y de la localización exacta de la situación primitiva y de la actual. Nos la describe, averigua la historia material y la historia humana.

Platón dice que más allá de la Columnas de Hércules había una grande isla y otras más en un mar rodeado de tierras, que formaban un verdadero continente, y que las pequeñas islas permitían pasar de la grande al continente. No nos vamos a detener aquí en la discusión de todas las teorías, los argumentos en contra y a favor, las "constataciones" de Imbelloni, Schuchert, Termier, Cuvier, Lyell, Couissin y Lacroix, citadas por Crombette y examinadas a través de su lógica sin igual.

El autor hace notar a Imbelloni que la teoría de Wegener no explica las relaciones biológicas intercontinentales antiguas. La cohesión de los continentes era una idea de numerosos autores anteriores, el primero de los cuales fue el Rev. Padre Placet, premonstratense francés, que en 1668, apoyándose en la Sgda. Escritura, escribía que la división de la tierra en continentes e islas databa del Diluvio universal.

La originalidad de Wegener ha consistido, tomando este dato bíblico, en despojarlo de su carácter de cataclismo para atribuir las fragmentaciones a una deriva lenta y continua, que primero calculó en 30/40 m. al año, después sólo de 3/4 m., y por último de 30/40 cm. antes de reducirla a cero con las mediciones de longitud que han continuado haciendo después de su muerte: **¡no existe deriva lenta!**

Por tanto, si la coalescencia (unión de márgenes) explica las relaciones biológicas antiguas, y en ésto parece aceptable, y si, hoy día, la separación de las tierras es un hecho innegable, **dado que esta separación no es lenta, no ha podido ser más que repentina**; lo cual justifica la Biblia y destruye el cientismo de Lyell, Imbelloni y de otros. Por otra parte, nunca Imbelloni se ha puesto seriamente el problema de saber si la Atlántida de Platón haya existido y si se podía encontrar las huellas.

Crombette cita ampliamente a Gaffarel, que subraya las notables coincidencias entre los americanos primitivos y los egipcios en todas las expresiones de su civilización. Cita

también a Germain, que habla como geógrafo. Estos dos estudiosos llegan a la conclusión de una colocación histórica de la Atlántida entre América, Europa y Africa, lugar que Platón ya indicaba como el de la Atlántida.

Muchos otros estudios y autores son citados en la obra, entre ellos de especialistas en disciplinas muy diversas: está mencionado por ejemplo el mayor Lind, especialista en estudio del folcklore de los pieles rojas. Entre los muchos libros actualmente publicados, podemos citar entre otros el de Charles Berlitz, editorial Rocher (Francia-América), titulado **“La Atlántida encontrada”** (1984), que prueba la realidad de este continente. Resulta de este vasto estudio (que sigue todavía) que todo indica que ha habido realmente una relación entre las Américas, Europa y Africa, y lo más importante, este vínculo lo ha constituido un continente actualmente desaparecido.

Nuestros lectores que conocen la obra egiptológica de F. Crombette ya están al corriente tanto de la *emersión o aparición* de la Atlántida (que había *desaparecido una primera vez en el Diluvio*) durante el reino del primer faraón della segunda dinastía egipcia, como de su *segunda desaparición* en tiempos de la XIX^a dinastía.

En su obra **“ENSAYO DE GEOGRAFÍA DIVINA”**, tomo 1°, Crombette explica el trabajo de paciencia al que se ha sometido: la reconstrucción científica (basándose en documentos de la universidad de Grenoble) del aspecto que tenía la tierra antes del Diluvio.

Entonces había sólo un continente, un casquete esférica perfectamente regular, bordeado por 8 festones iguales y que, como dice la Biblia, presentaba todo lo seco en un solo bloque rodeado por un solo océano en el que estaban todas las aguas. Ahora, si se reúnen las plataformas continentales de América del Sur y de Africa, América del Norte por una parte, Africa y Europa por otra, entre sus plataformas continentales queda un espacio vacío de una media de 1000 km. de ancho y de casi 5500 km. de largo, desde el golfo de Vizcaya hasta el delta del río Amazonas.

No había ninguna razón para que ese espacio de 5.500.000 km² quedara vacío y ocupado por las aguas, cuando todo el resto de la tierra firme era continuo y rodeado por el Océano universal. No sólo es una cuestión de buena lógica, de armonía creadora, de verdad revelada, sino de ciencia práctica, ya que el replegarse las montañas, siendo debido al empuje de fuerzas tangenciales sobre la corteza, no ha podido realizarse más que en una continuidad de tierras empujadas una contra otra; lo cual habría sido imposible en América del Norte, en Africa occidental y septentrional, así como en Europa meridional, si hubieran estado separadas por una laguna territorial de 1000 km. de anchura.

La zoogeografía y la fitogeografía exigen por otra parte (los especialistas lo han reconocido), una tierra intermedia entre Africa y América del Norte. Por lo tanto, la Atlántida, que Platón coloca en esa laguna, no es un mito, ni siquiera una hipótesis o una probabilidad, sino más que una realidad: es una necesidad absoluta. Pero como los repliegues montañosos han continuado hasta el Terciario incluido, hace falta que los territorios intermedios entre el Viejo y el Nuevo Mundo se hayan hundido después del Terciario, o sea, en el Cuaternario, en tiempos de la humanidad. Por tanto, hasta el Diluvio, que empezó el 19 de abril del -2348, el océano Atlántico no existía y se podía ir a pie desde Europa y Africa hasta América. Eso explica, entre otras cosas, por qué en esta última se puedan encontrar restos de civilizaciones paleolíticas, como en los demás continentes.

Crombette, ya lo hemos dicho, describe en un capítulo sorprendente la emersión del continente Atlántida, que *había sido sumergido durante el Diluvio, y luego su nueva*

desaparición. De esta última describe el origen y la causa: ***el desplazamiento de los ejes internos terrestres, por Voluntad de Dios, en el momento que los hebreos atravesaron el mar Rojo.***

Este fenómeno histórico se encuentra en los jeroglíficos egipcios, que confirman la coincidencia simultánea de ambos hechos. El examen de los jeroglíficos mejicanos indica que tienen la misma procedencia egipcia, que se leen como éstos, y que la lengua azteca deriva del copto. Hace ya muchos años que Crombette era capaz de leer todas estas lenguas desconocidas e inexplicadas. El estableció que los dioses mejicanos son los mismos que los egipcios, o sea, Cam y sus hijos, así como después Misraim, sus hijos con sus esposas. Los identifica con maestría y certeza. El estudio que hace de la lengua americana (azteca), aunque breve, le permite demostrar su origen egipcio, sin la menor duda. Nuestro amigo controla también fechas ciertas a partir de sus traducciones, fechas que están en perfecto acuerdo con la historia egipcia.

En cuanto a la reaparición de Atlántida, él nota que el faraón Bokhos, primer rey de la segunda dinastía egipcia, tiene en su escudo la imagen de un grupo de garzas y que los indios designan la Atlántida con la imagen de la garza, de pie sobre el agua. Así parece que el escudo de Bokhos sea una doble representación de la catástrofe ocurrida entonces. Por una parte, el hacha por encima de las garzas es la imagen de las vidas cortadas por el cataclismo, ya que los egipcios representaban también las almas como aves zancudas; por otra, siendo el hacha signo de poder, su presencia encima de las garzas que representan las islas, indicaba que el poder de Egipto se extendía sobre las nuevas tierras surgidas del Océano. Pues bien, el nombre real puede transcribirse: *“El gran jefe del Bajo Egipto domina sobre las tierras que la fuerza de Dios ha hecho emerger del agua”*.



En algunas decenas de páginas Crombette nos explica, con la lengua azteca, la colonización de las Américas por los egipcios y los cretenses, así como la adopción por parte de los pueblos del continente americano y de Atlántida, de todos los inventos hechos en la cuna de la humanidad. El cita a menudo algunos tomos de sus obras: ***“LIBRO DE LOS NOMBRES DE LOS REYES DE EGIPTO”*** y ***“LUZ SOBRE CRETA”***.

En este estudio, el lector compueba con gusto, una vez más, la perfecta coherencia de toda la obra; todas sus partes encajan entre ellas tan rigurosamente que, si algún eslabón pudiera presentar algún fallo, todo el conjunto se desmoronaría. Sin embargo debe excluirse esa posibilidad, ya que la lógica de la obra egiptológica de Crombette es tan sólida que ninguna crítica podría hacer mella, porque la cadena y los elementos que ésta tiene unidos tienen una lógica férrea. Enviamos a los tres tomos de su obra ***“VERDADERA HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO”***.

De esa forma nuestro estudioso explica las pirámides, la escritura angulosa de los indios de América, la razón de sus figuras toscas, las figuras cuadradas, la existencia del famoso dios blanco de los indios. Explicando esto último, nuestro amigo comenta esta emersión de la Atlántida del agua en el año -2004, que reunió entonces en un solo bloque Francia, Escandinavia, Gran Bretaña, y con ellas la dorsal Wyville-Thomson, que une Escocia a Groenlandia pasando por Islandia y cuyo fondo actualmente es de 500 m. bajo el nivel del mar (véase el mapa al final del libro). Por su parte, Groenlandia estaba unida al norte de América a través del estrecho de Davis que entonces era tierra firme. El camino así abierto para permitir el paso a los animales terrestres, pudo muy bien ser también recorrido por los hombres, a mayor razón que, tras la oscilación del eje

terrestre, la temperatura había debido aumentar en esas regiones. Crombette situa entonces exactamente el continente de la Atlántida, describe su capital con el canal que partía del mar, sus muros, sus tres fosos y su templo.

Es imposible resumir aquí el centenar de páginas escritas sobre este fabuloso continente. Ya hemos hablado del libro de Charles Berlitz. En la pág. 88, hablando de una reciente expedición soviética en esos lugares dice:

“La expedición soviética al parecer fue más afortunada. La serie impresionante de fotografías tomadas por el «Akademik Petrovsky» fue desarrollada, estudiada y catalogada. Marakuyev, el responsable de la fotografía, notó un cierto número de detalles inesperados en la cumbre del pico Ampère, que desde casi 3000 m. de profundidad se yergue hasta 66 m. bajo la superficie. Marakuyev describe su reacción inicial cuando vió los objetos sorprendentes que aparecieron en algunas placas: «Cuando revelé las fotos y saqué las primeras imágenes, durante la misma expedición, inmediatamente me dí cuenta de que nunca había visto nada semejante. El Instituto Oceanográfico soviético posee en sus archivos una cantidad inestimable de fotografías submarinas tomadas durante muchas expediciones, efectuadas durante muchos años, que cubren todas las regiones oceánicas del globo. Disponemos también de algunos miles de fotografías hechas por nuestros colegas americanos. Sin embargo nunca había visto algo que se pareciera tanto a huellas de la vida y de la actividad del hombre en regiones que una vez pudieron ser emergidas”. (Las fotos de las que habla se encuentran en su primer cuaderno de fotografías, en la pág. 114 del citado libro)

Añadimos el siguiente artículo, publicado en el diario francés *“L’Independant”* de Perpignan, el viernes 3 de abril de 1981, en la penúltima página:

“LA ATLÁNTIDA DE LOS SOVIÉTICOS.

MOSCÚ. – La Atlántida, isla legendaria hundida en un cataclismo, realmente habría existido, según los científicos rusos que afirman haberla localizado a la altura de Gibraltar. El miércoles la Agencia soviética TASS ha dado noticia de las conclusiones de varias expediciones oceánicas llevadas a cabo por científicos soviéticos desde 1976 en el Atlántico. Ese año, una primera expedición ha permitido notar restos de murallas en la cima del archipiélago submarino del monte Ampère, a varios cientos de kilómetros a la altura de Gibraltar. Una segunda expedición, en 1979, ha permitido fotografiar y filmar esos restos, probando que el monte Ampère un día estuvo emergido, y que después se hundió desapareciendo en el Océano”.

* * *

Aunque otras obras escritas por F. Crombette expliquen cómo la Atlántida se hundió en un día y una noche, como dice Platón, es oportuno que en esta síntesis citemos integralmente algunas partes; veamos algunas páginas. Precisamos sin embargo que **las fechas y los datos proceden de los jeroglíficos egipcios, correctamente traducidos, ¡naturalmente!** Enviamos a los manuscritos de F. Crombette (actualmente estudiados por nuestros especialistas, pero todavía inéditos en su mayor parte):

El 2 de abril del 1226 a.C, hacia las 6 de la tarde, los hebreos que huían de Egipto, perseguidos por el ejército egipcio, llegaron al pie del *Djebel Ataka*, al (cabo) *Ras-el-Abadjè*, en la parte septentrional del mar Rojo.

“Cuando se acercó el Faraón, los israelitas levantaron los ojos y vieron que los egipcios estaban llegando a sus espaldas; llenos de terror gritaron al Señor, diciendo a

Moisés: *“¿Es que no había sepulcros en Egipto para que tú nos trajeras hasta aquí, a morir en el desierto? ¿Por qué nos has hecho salir de Egipto?”*... Moisés respondió: *“No tengais miedo, sed fuertes y veréis la salvación que el Señor va a realizar hoy; porque esos egipcios que veis, no volveréis a verlos más. El Señor combatirá por vosotros y vosotros estaréis tranquilos”*. El Señor dijo a Moisés: *“¿Por qué gritan hacia Mí? Dí a los israelitas que se pongan en marcha y tú levanta tu bastón, extiende la mano sobre el mar y divídelo, para que los israelitas entren en el mar, en lo seco”*. (Exodo 14, 10-16).

Fue entonces cuando los hebreos tuvieron que atravesar el mar Rojo, a mayor razón que ante ellos, en la otra orilla, se hallan las fuentes de Moisés, Ain-Mussa. Los autores que han estudiado el Exodo creyendo en la realidad histórica del hecho, han trazado sin embargo el recorrido sin criterio alguno, de cualquier forma. Ahora bien, para la exacta comprensión del fenómeno, es esencial entrar en los detalles. Un simple exámen de los mapas de los fondos marinos de la bahía de Suez muestra que existe, entre el Ras-el-Abadjè y las fuentes de Moisés, un alto fondo no inferior a 4 metros bajo el nivel del mar, de un kilómetro de anchura media, y que era suficiente que el nivel del mar bajase 5 metros para abrir a los hebreos un ancho camino hacia la península sinaítica, dejando a derecha e izquierda la protección de fosos.

La Biblia continúa: *“Entonces Moisés extendió la mano sobre el mar. El Señor lo dividió y, habiendo hecho soplar un viento violento y caliente toda la noche, lo secó. Los israelitas entraron en el mar, caminando en lo seco, teniendo el agua a derecha y a izquierda, que les servía de muralla. Los egipcios los siguieron entrando tras ellos en medio del mare, con toda la caballería del Faraón, con sus carros y sus caballos. Pero a la vigilia de la mañana el Señor, viendo a los egipcios desde la columna de fuego y de nube, sembró la confusión en todo su ejército. Les atascó las ruedas de los carros, que no podían avanzar sino con gran dificultad. Entonces los egipcios dijeron: “Huyamos de los israelitas, porque el Señor combate por ellos contra nosotros”. Y el Señor dijo a Moisés: “Extiende la mano sobre el mar, para que las aguas vuelvan sobre los egipcios, sobre sus carros y su caballería”. Moisés extendió la mano sobre el mar y el mar, al rayar el alba, volvió a su nivel habitual. Así, mientras los egipcios huían hacia atrás, las aguas se les vinieron encima. Así los arrolló el Señor en medio del mar. Las aguas, volviendo a su nivel habitual, sumergieron los carros y la caballería de todo el ejército del Faraón que había entrado en el mar persiguiendo a Israel y no se salvó ni siquiera uno. Pero los israelitas habían pasado caminando por lo seco en medio del mar, teniendo las aguas a derecha e izquierda, que les servían de muralla. Aquel día el Señor salvó a Israel de mano de los egipcios y los israelitas vieron los cadáveres de los egipcios a la orilla del mar y la mano potente con que el Señor había actuado contra ellos; el pueblo temió al Señor, creyó en El y en Moisés su siervo.”*

F. Crombette comenta este texto examinando en detalle el tiempo della travesía, tanto de los hebreos como de los egipcios. No podemos ahora detenernos en ésto y rogamos al lector que vea el cuaderno del CESHE, ref. 4.05, o mejor aún la obra original, si esta síntesis le interesa.

“Cuando el mar volvió con fuerza a su nivel normal, sorprendiendo lateralmente al ejército egipcio y tragándose todo en un solo instante, era, dice Moisés, la vela de la mañana (al rayar del alba). Era el 3 de abril de 1226 a.C.. El cabo Abadjè debe haber conservado el recuerdo de aquella hecatombe, ya que su nombre puede transcribirse así:

Hah Baschi Hê

Moltitudo Cadaver Conspectus: “La multitud de cadáveres vista”.

Para el faraón Amenephtés, que había perdido a su hijo en el mar Rojo, se perfilaba otro peligro en los días que siguieron. El faraón se veía atacado por “pueblos venidos de las islas del mar”, invadiendo en gran número sus fronteras. La estela de victoria de Karnak, llamada “estela de Israel”, menciona ese hecho. Se trató de una migración de pueblos, y el texto egipcio dice que venían a “buscar el sustentamiento para sus cuerpos”.

En plena paz, un torrente de pueblos inundó Egipto. El imperio hitita, cercano a Egipto, sufrió la misma suerte y se hundió bajo ese asalto. Para explicar tales hechos se necesitó una catástrofe de enormes proporciones, que todos los historiadores intuyen confusamente sin poder sin embargo indicarla. Gracias a la Biblia, nuestro estudioso la expone en detalle.

¿Por qué los pueblos mediterraneos y nórdicos se habrían puesto en marcha? ¿Cómo se explican todos los demás desplazamientos simultáneos de pueblos en torno a Egipto? Para responder, hace falta por fuerza imaginar algún vasto movimiento de pánico que afectó sucesivamente a diversos pueblos, a partir del Norte, para explicar el cual surge el pensamiento de un desbordamiento del mar Negro y de mares aún más lejanos, tal vez a trastornos más profundos que afectaron inmensos territorios.

¿Cómo se explican esos cambios repentinos, que ahora veremos en detalle? Ante todo con el enorme remolino de agua venido del punto del océano en que rápidamente se hundió la Atlántida, seguido automáticamente por una disminución del nivel del mar que aspiró también las aguas de los demás océanos, mares y ríos a poca y a mucha distancia del lugar del cataclismo. A lo cual siguió el maremoto o reflujo del agua que necesitaba restablecer y equilibrar el nivel general. Este maremoto devastó las costas de los mares y ríos, provocando destrucción de ciudades y cosechas. Esta última catástrofe, especialmente la que afectó al delta del Nilo y las costas del Mediterraneo, fue immortalizada en los jeroglíficos, que indican también que el faraón reinante decidió una exención general de impuestos aquel año.

Los egipcios, persiguiendo a los hebreos que habían pasado el mar Rojo, fueron arrollados por aquel reflujo (*tsunami*), que hizo aún más violento otro fenómeno, consecuencia directa del trastorno terrestre, o sea, el cambio parcial de la fisonomía de la tierra y en particular la apertura del estrecho de Gibraltar, que antes no existía. Ese cambio de fisonomía, también en otros lugares, puso en fuga algunas tribus e incluso pueblos enteros, explicando así el intento de invadir Egipto. Por es por tanto ilusorio pensar que en aquel momento se produjo la modificación de inmensos territorios.

En general el paso del mar Rojo se ha interpretado como una separación de las aguas del mar provocada por el viento, que las habría “levantado” como muros y mantenido así durante horas, contra todas las leyes de la hidrostática. El texto no dice que las aguas eran como un muro, sino que servían de muro; no se ha visto la naturaleza “sólida” y la forma vertical de un muro, sino su utilidad, que es proteger. Dios no modifica sin necesidad las leyes que ha puesto (aunque puede hacerlo). Sin embargo, para aplicar las leyes que El mismo había dado, si bien de un modo milagroso por ser extraordinario, pudo hacerlo para obtener el resultado que-rido... y en el momento que El quiso. Negar el milagro no es una razón, todo lo más es admitir la impotencia en comprender, cuando no es ignorancia absoluta de los hechos y un acto de mala fe.

No fue Moisés el que abrió el mar: él se limitó a extender la mano cuando Dios se lo ordenó, y fue el Señor, es siempre Moisés quien lo dice, el que lo dividió, el que lo abrió en el momento que quiso.

El cántico que Moisés compuso en honor del Señor (Ex. 15,1-2) emplea tres términos diversos para hablar de las aguas:

El primero es: *“congregatae sunt aquae”*, o sea, se formaron “grupos”, estanques o lagunas, que protegían a los hebreos a derecha e izquierda.

La segunda expresión es: *“stetit unda fluens”*, el flujo que corría se detuvo inmóvil. ¿Qué significa? Que, si el mar es normalmente casi estacionario y no corre como un río, el brazo del río Nilo que desembocaba en Suez habría podido seguir corriendo en el mar Rojo y turbar el paso de los hebreos; por eso hacía falta detener su corriente. Es lo que hizo Dios en el momento mismo en que abrió el mar, y desde entonces el agua del Nilo ya no sigue su curso natural por el vado Tumulat a través de los lagos Timsah y Amers.

En tercer lugar dice: *“congregatae sunt abyssi in medio mari”*. Los “abyssi” o abismos son la inmensidad del océano y su profundidad insondable. Aquí está la causa del fenómeno universal en relación con el paso del mar Rojo. Aquí es donde hay que ir a buscar la causa física del cataclismo. Por lo tanto hace falta que se haya formado en el fondo del océano un vacío y un reclamo de agua cuya repercusión ha llegado hasta el extremo del mar Rojo, cuyo nivel bajó de pronto; lo cual ocurrió a lo largo de la costa oriental de Africa, en cuanto el estrecho de Gibraltar todavía no estaba abierto.

Para decir eso, Moisés no podía tener sólo la vista de lo que pasaba ante sus ojos, sino que debía de conocer **la causa profunda**, incluso aunque no la diga expresamente. Moisés, por su formación humana, era uno de los sabios más grandes de su tiempo, pero sólo Dios ha podido darle sobre todas las cosas las luces penetrantes que le han permitido superar toda ciencia humana, luces que jamás la verdadera ciencia ha encontrado en error y ante las cuales es justo que un día la falsa ciencia, faltándole argumentos, tendrá que presentar honestamente excusas.

Falta por saber, para tener la explicación completa del fenómeno, cuál fue el accidente orogénico que pudo modificar los fondos marinos y provocar una disminución adecuada del nivel superficial; después, habiendo concretado el lugar, la extensión y el momento, determinar sus circunstancias, sus consecuencias y sus causas. No olvidemos que, según la Biblia, fue Dios el que fijó el día de la salida de los hebreos de Egipto”.

Crombette ha demostrado, en la parte geográfica de su obra, *“ENSAYO DE GEOGRAFÍA DIVINA”*, que en medio del océano Atlántico Norte yace un continente sumergido: la Atlántida de Platón. Su existencia, su identificación, no pueden dar lugar a dudas; sin ella el casquete terrestre primitivo habría sido incompleto. Con ella y un plataforma submarina que bordea el Africa occidental a 4000 m. de profundidad, el intervalo que habría existido entre América del Norte, por un lado, y Europa y Africa, por otro lado, se colma perfectamente.

Es la prueba por diferencia de que la existencia de la Atlántida es necesaria: una vez emergida y no submarina. Para que la Atlántida ya no esté emergida, hace falta que se hundiera: el relato de Platón por lo tanto se apoya sobre un hecho cierto.

El autor, en páginas apasionantes de crítica histórica, de lógica y de conexión con textos existentes, así como por su propia traducción de los jeroglíficos, indica **la fecha** del hundimiento de la Atlántida. También da la razón de su desaparición.

En las partes astronómica y geográfica de su obra, nuestro estudioso ha comprobado que la Tierra tiene forma de pera. Calcula la excentricidad en cuestión en 5 o 6000 metros en el punto culminante, respecto al radio ecuatorial. En torno al punto máximo, la deformación se va atenuando poco a poco hasta ser nula.

Antes de su hundimiento, la Atlántida estaba en el punto culminante de la Tierra, sostenida como estaba por la punta de la pera del mismo magma. Ese punto culminante se corrió, y la Atlántida se hundió. Arrastrando consigo también los fondos próximos, se produce una cavidad en medio de la cual está situada; pero si el fondo marino se raja, la isla más pesada es capaz de hundirse más, a menos que su densidad más ligera no produzca el correspondiente movimiento inverso. Parece que las dos condiciones se hayan realizado siguiendo los dos puntos, ya que la Atlántida ocupa el centro de la gran fosa oceánica, cuyo bien sabido carácter sísmico indica su fragilidad.

Y Crombette nos dice que la parte que entonces se levantó por reacción de 5-6000 metros, actualmente está bajo la cadena del Pamir y del Himalaya. Nos da la prueba con el parecer de los especialistas, de quienes usa los análisis geológicos, de los que resulta que ha habido un levantamiento posterior a los antiguos repliegues. En su estado actual, el Himalaya es una cadena muy joven. Las citas bastan para demostrar que muy recientemente (en el sentido geológico de la palabra) toda el Asia central y meridional se ha levantado en bloque a alturas que pueden alcanzar los 5-6000 m. y que han producido múltiples fractures. Esta fue la contrapartida del hundimiento de la Atlántida.

Ninguno de los estudiosos que se han ocupado de la cadena del Himalaya ha explicado el mecanismo de su levantamiento vertical, aunque han debido constatarlo.

Crombette indica la causa. Él sabe muy bien que el eje de la Tierra no puede correrse por sí solo. Como en el Diluvio, la causa también aquí es Inteligente y Omnipotente. Lo que hace falta demostrar, y el autor lo hace con precisión, es la simultaneidad de los fenómenos citados con el hundimiento de la Atlántida. Él señala numerosos cambios geográficos que en el 1226 a.C. afectaron a las Columnas de Hércules, al estrecho de Gibraltar, a la Atlántida, a las islas Baleares, a la cadena del Atlas, que era al principio más elevada, al Sahara occidental, que era entonces más fresco por ser más alto; al río Níger, cuyas fuentes estaban 1500 m. de altura, por lo tanto más alto que ahora, y debía encontrar su desagüe natural, no hacia el golfo de Guinea sino hacia el Chad, hasta unirse al Nilo Blanco; al canal de la Mancha, que era entonces un valle emergido; a Inglaterra y Terranova, unidas a las tierras vecinas sin interrupción marítima, y por último al océano Escítico.

Antes del 1226 a.C., los colonos de Osiris, establecidos a lo largo de todo el Nilo y hasta la costa occidental africana, no tuvieron dificultad en poblar la Atlántida y a continuación dar origen a las razas americanas, pasando por un gran número de pequeñas islas, que formaban otras tantas vías seguras para pasar del continente negro a la Atlántida. A su vez no faltaban caminos a los atlantes para conquistar el norte de África, Hispania, Galia e Italia.

El antiguo relato de Orfeo dice que Hércules y los Argonautas, de los que era uno de los jefes, regresaron pasando por las Columnas (Gibraltar). Estudiando esa narración, creemos que se trate de un documento con valor histórico. Y nuestro autor nos muestra que, contra lo que se podía esperar, encaja exactamente con realidades geográficas que la mayor parte de los estudiosos ha ignorado; ya que **la geografía no es una ciencia generalmente estática: es *dinámica*, con el dinamismo que Dios ha puesto cada vez que ha modificado la faz de la Tierra.**

La expedición de los Argonautas duró varios años y coincidió con el éxodo de los hebreos. Podemos seguir, gracias a nuestra obra, a los Argonautas como si estuviéramos presentes y el relato resulta así un verdadero diario de bordo, como fue efectivamente. El autor nos hace reconocer a su paso el mar Negro, el mar de Azov, el océano Escítico, los Urales, el Volga, el mar Blanco, el océano Glacial Artico.

No vamos a resumir todo el viaje de los Argonautas, como ha hecho Crombette, el cual añade, a lo largo de todo el texto del relato, sus propias observaciones, sus estudios, sus cálculos de fechas, la explicación de ciertos nombres y las descripciones geográficas e históricas necesarias ³. Mencionamos sólo un hecho especial que se produjo a unos 100 km. antes de llegar al océano Glacial, cuando los navegantes intentaron atracar para descansar de su duro trabajo (una navegación fluvial de 9 días y 9 noches seguidas); la nave “Argos”, que desde hacía casi diez días avanzaba a duras penas, de pronto se puso a correr por el cauce estrecho del río, y, lanzada a toda velocidad, fue a parar al océano (al mar Blanco) a una velocidad impresionante, tanto que los marineros creyeron que iban a una muerte segura; cosa que el timonel logró evitar encallando la nave en la orilla. Orfeo precisa: “*hacia la derecha de la playa*”, no “*la playa de la derecha*”, que habría estado en el lado oriental de los hombres que iban hacia el norte, sino la derecha de la playa, que era la costa occidental para una orientación que diera la vuelta entonces hacia el sur. ¿Qué había pasado?

Es que en aquel preciso momento la Atlántida se había hundido y el maremoto provocado alcanzó entonces el sur del Mar Blanco y absorbía el agua de los ríos. Estando este mar mucho más cercano a la Atlántida que el mar Rojo, el fenómeno se hizo notar desde la aurora, mientras que alcanzó el mar Rojo sólo la noche siguiente. Era por lo tanto el **2 de abril del 1226 a.C.** Por consiguiente sabemos con exactitud en qué momento los Argonautas habían llegado a los valles Rhipèes: fue al final de la noche entre el 1° y el 2 de abril del 1226. Es fácil, por lo tanto, determinar la fecha en que partieron de la Cólquida (Grecia). Es lo que hace Crombette y que confirma su cronología desde el comienzo de la expedición. Sin entrar en más detalles sobre el fenómeno, solamente decimos que era natural que Orfeo encontrara el cauce del río estrecho: se estaba vaciando a una velocidad vertiginosa capaz de asustar a los más audaces navegantes. El mismo mar Blanco se retiraba, mostrando sus orillas cubiertas de grava.

Antes de dejar el relato de los Argonautas, añadimos que navegaron pasando por el cabo Norte, costeano Noruega, Irlanda y Portugal, y se preguntaban cómo podrían volver a su país de origen. No existiendo ya la Atlántida (pero eso no lo sabían), ya no habrían podido, dirigiéndose hacia el oeste, hacer ninguna escala en el vasto océano, mientras que el estrecho de Gibraltar, que se había abierto al hundirse las tierras que rodeaban la isla sumergida, liberaba la entrada en el Mediterraneo, hasta entonces cerrada al oeste, y así pudieron volver a Grecia, con la condición de evitar las naves enemigas. Por ser Hércules uno de los que inauguraron el estrecho, los Argonautas, según su costumbre, atribuyeron a la capacidad de uno de ellos, el más fuerte, ese cambio geográfico que les sorprendió por su grandeza y por lo repentino. Luego pasaron por delante del Etna, que estaba en erupción (“en llamas”, dice Orfeo), y llegaron a casa, no sin pesar a causa del toisón de oro, robado con astucia durante su expedición.

³ - Véase el bellissimo estudio del sr. Etienne Broens en el cuaderno 4.10 de nuestro catálogo.

Crombette nos asombra siempre por su lógica implacable y por las síntesis que realiza entre los trabajos de los historiadores especializados. Identifica todas las localidades, los ríos, los pasajes y los itinerarios del relato de Orfeo con exactitud y seguridad, rectificando las ideas equivocadas que muchos se han hecho sobre ciertos pasajes del texto. Como en la mayor parte de sus obras, su arma preferida es la onomástica, con la cual y con la ayuda del copto hace maravillas.

Resumamos ahora el conjunto de lo ocurrido, aunque sin poder entrar en todos los detalles ni dar todas las pruebas que Crombette presenta en su obra original.

El milagro del mar Rojo, querido por Dios y realizado por Su intervención en el interior de la Tierra, coincide con la desaparición de la Atlántida. Durante ese fenómeno, el magma interno se corrió bajo la corteza terrestre colocando la parte hinchada de “la pera magmática” bajo una nueva zona de la superficie de la Tierra: esta vez debajo del Himalaya. No hubo en este caso ningún cambio del eje de rotación terrestre.

Crombette ha tenido que examinar en todos sus detalles un antigua epopeya para poder, no determinar, sino comprobar **la fecha** del cataclismo y darnos explicaciones detalladas sobre los cambios que produjo en la superficie de la Tierra, como la formación de nuevos mares, la desaparición del océano Escítico, la apertura al oeste del Mediterraneo y la formación de los repliegues montañosos en la parte meridional de Asia durante la elevación del Himalaya.

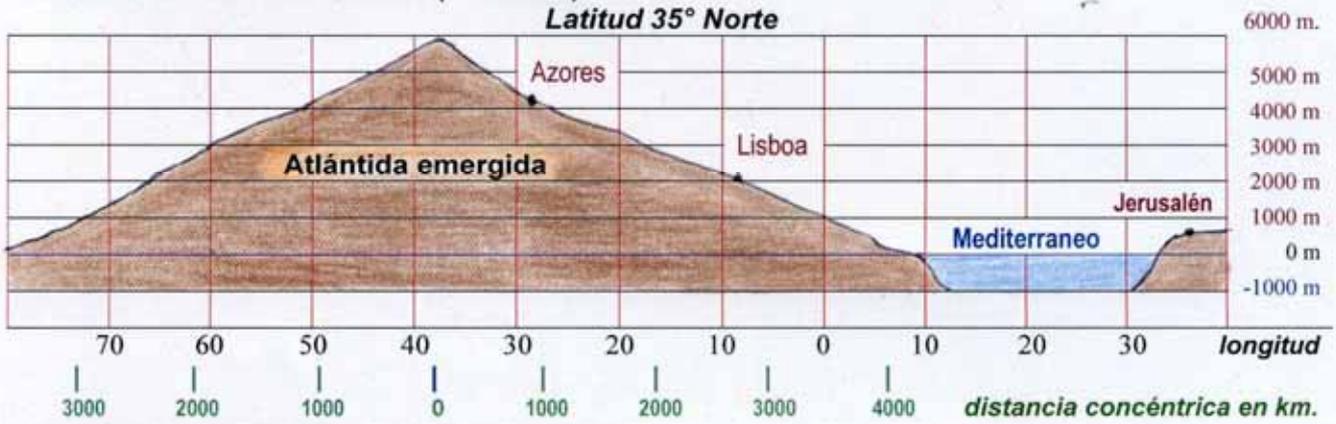
El autor abre entonces un paréntesis sobre la atracción terrestre, sobre los ejes de la Tierra, y demuestra que existen realmente, sobre el magnetismo depende de ellos y sobre posición actual. Subraya la función que ejercen, las consecuencias lógicas de su papel, por lo demás probado por la geografía. En este caso en cuestión, Dios no ha tenido más que girar con un ángulo conveniente, en el interior del magma fluido, las gigantescas barras de hierro que ocupan el centro de la Tierra, y la prominencia, que estaba debajo de la Atlántida, se desplazó bajo el Himalaya; este movimiento de báscula determinó el maremoto que dejó por unas horas descubierto el fondo del mar Rojo. Eso fue el efecto de la acción divina, ya que le masas de hierro no podían correrse por sí solas en el magma a la distancia necesaria para producir los efectos deseados: es un principio de mecánica. Nuestro autor describe por último la admirable economía de la Divina Providencia, que hizo recorrer a las barras de hierro el camino más largo con el fin de no perturbar demasiado el norte de Africa, Europa, el Asia Menor y Arabia, ya que en ese caso el mismo pueblo hebreo habría sufrido gravemente y eso no estaba en el proyecto divino. De esa forma la América del Norte y Central fueron mayormente trastornadas; las tradiciones de los indios lo confirman.

De todo ello se deduce que la existencia de la Atlántida no es una leyenda.

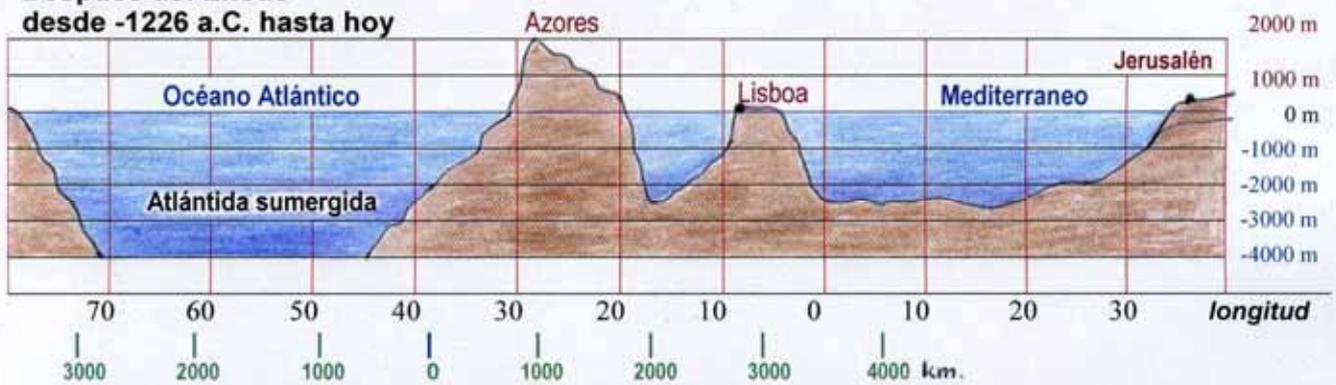
Este libro, por su amplitud, supera todas las discusiones acerca de la existencia del continente sumergido. La obra ofrece a los estudiosos posibilidad de investigaciones científicas insospechadas, a pacto que tengan la humildad de aceptar la omnipotencia de Dios, Creador y Dueño del mundo.

Antes del Exodo de los Hebreos
desde -2004 a.C. al -1226 a.C. (778 años)

Latitud 35° Norte

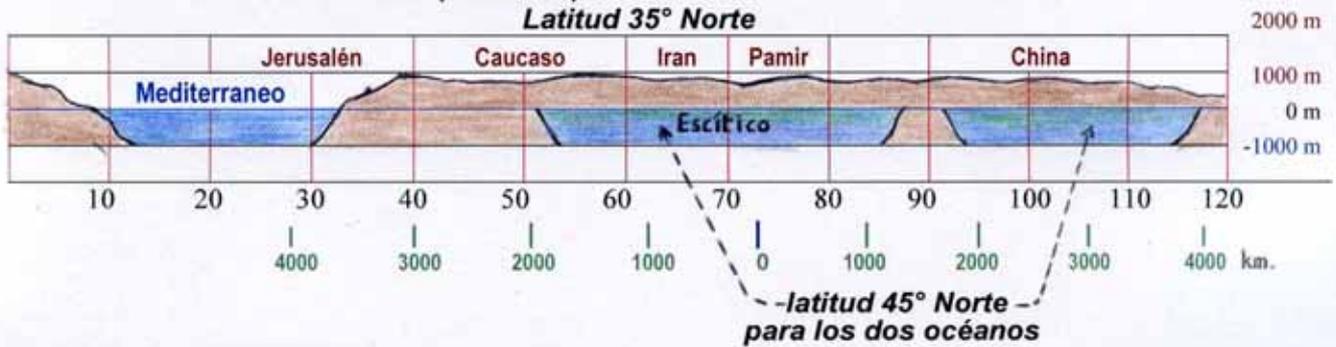


Después del Exodo
desde -1226 a.C. hasta hoy



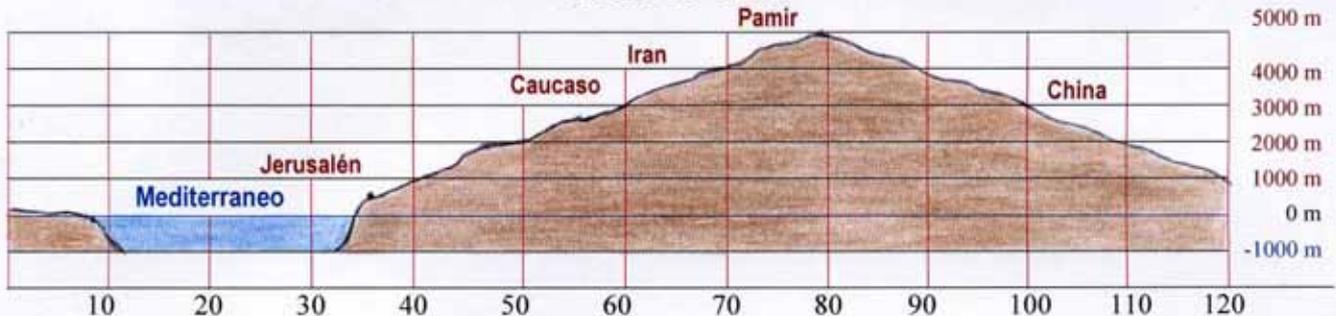
Antes del Exodo de los Hebreos
desde -2004 a.C. al -1226 a.C. (778 años)

Latitud 35° Norte

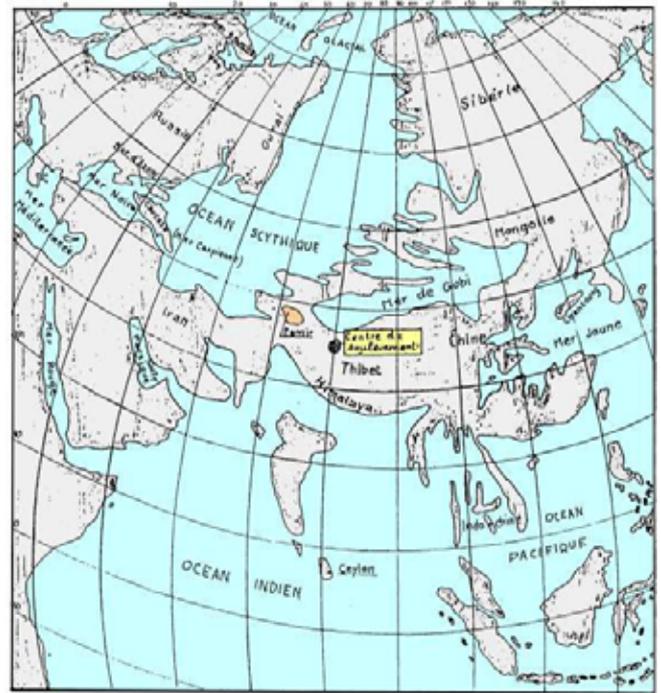
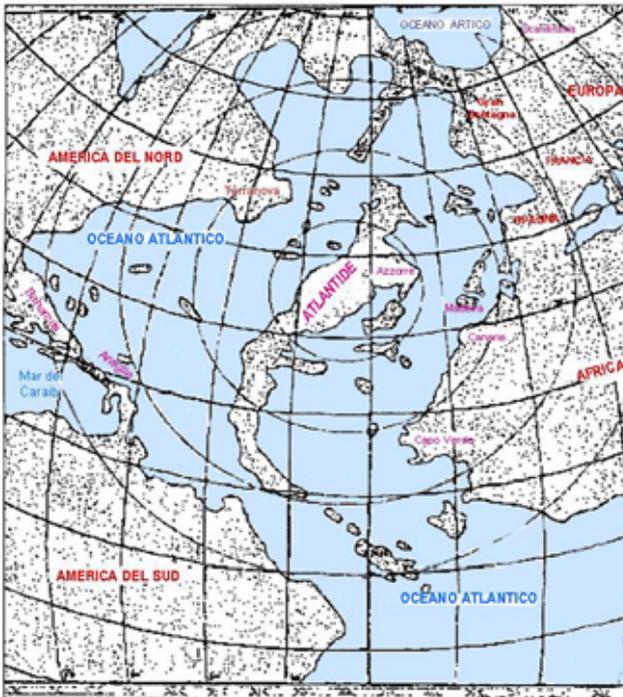


Después del Exodo
desde -1226 a.C. hasta hoy

Latitud 35° Norte



G. GIRARDEAU, Diciembre 1994



Mientras la Atlántida se hundió 5000/6000 metros, en el fondo del océano Atlántico, la parte opuesta de la Tierra se levantó o “hinchó” otro tanto, vaciándose el océano Escítico, del cual quedan restos, como el mar Caspio y el mar de Aral, con las estepas del Kazakhstan y de la Siberia occidental, y levantándose 5000/6000 metros el Pamir y el Himalaya

Fundación de Atlántida y Sagrada Escritura

Stefano Maria Chiari - 19 de Diciembre de 2010

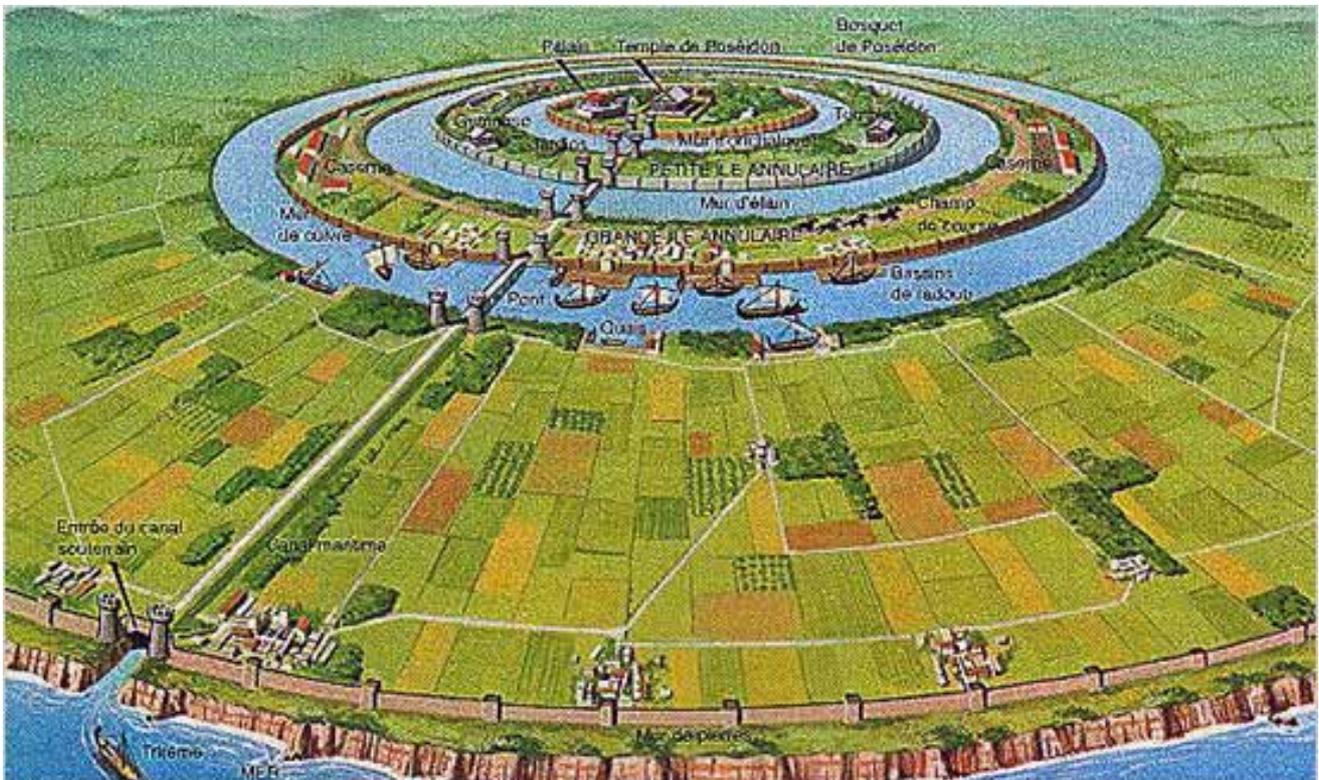
Que la civilización de Atlántida haya existido es opinión discutida, pero a favor de la cual nos declaramos.

Y no sólo por los testimonios y los relieves de los fondos oceánicos, que ofrecen detalles impresionantes sobre los restos de ciudades sumergidas, sino también y sobre todo porque abrazamos plenamente la tesis de Crombette, para quien el hundimiento de esa isla fue sin duda causa del trastorno que sufrió el planeta a causa de la apertura del mar Rojo al gesto de Moisés, por la potencia de Dios. Las fuentes conocidas sobre la existencia de la Atlántida son los *Diálogos* de Timeo y el *Critias* de Platón.

Citamos: «*Sobre esta montaña tenía su morada uno di aquellos hombres que, al principio de las cosas, nacieron de la tierra: Evenor con su mujer Leucippe. Tuvieron una sola hija, Clito. La hija era ya mujer cuando sus padres murieron; Poseidón la deseó y se unió con ella. Rompiendo la tierra, rodeó la colina sobre la cual ella vivía, creando alternativamente zonas de mar y de tierra, concéntricas unas a otras; dos eran de tierra y tres de agua, circulares como si hubieran sido trabajadas en el torno, teniendo cada una la circunferencia equidistante en cada punto del centro, de modo que nadie pudiera llegar a la isla, dado que todavía no existían naves y navegación*»...

Sigue diciendo Platón: «... Los reyes de Atlántida ante todo hicieron puentes sobre los anillos de mar que rodeaban la antigua metrópolis, e hicieron una calzada que permitía entrar y salir del Palacio real, que desde el principio erigieron en la morada del dios y de sus antepasados, y siguieron embelleciendolo de generación en

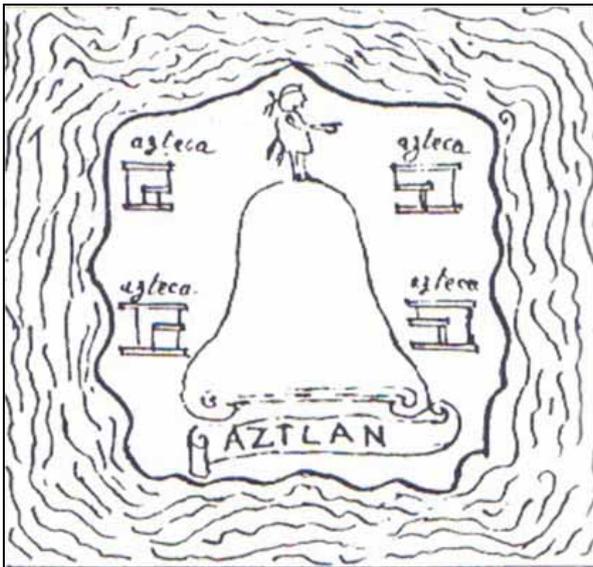
generación, dado que cada rey superaba –en la cumbre de la gloria– al que le había precedido, hasta hacer del edificio una maravilla a la vista, tanto por su grandeza como por su belleza. Y, partiendo del mar, excavaron un canal de trescientos pies de ancho, ciento de profundidad, de 50 estadios de longitud, que llegaba a la zona más externa creando un pasaje desde el mar hasta que se convirtió en un puerto; y la entrada era suficientemente amplia para permitir la entrada a las naves más grandes. Además –a nivel de puentes– abrieron los anillos de tierra que separaban los anillos de mar, creando un espacio suficiente para dejar pasar una trirreme a la vez de un anillo al otro, y cubrieron esos canales haciendolos una vía subterránea para las naves; en efecto, las orillas fueron elevadas mucho sobre el nivel del agua. Ahora bien, la más grande de las zonas –a la que se podía llegar desde el mar a través de este pasaje– tenía una anchura de tres estadios y la zona de tierra que seguía era otro tanto ancho; pero las dos zonas sucesivas, una de agua y la otra de tierra, eran de dos estadios de anchura, y la que rodeaba la isla central era de un solo estadio. La isla sobre la que estaba el palacio tenía un diámetro de cinco estadios...».



Reconstrucción de la capital de Atlántida

Estudiando las antiguas civilizaciones americanas, es posible encontrar numerosos testimonios acerca del Diluvio universal y la procedencia de los fundadores de la Atlántida. Por nuestra parte pensamos que América haya sido colonizada por los antepasados de los egipcios; el paso por la Atlántida en medio es camino obligado. De la exacta lectura de los documentos y de los hallazgos arqueológicos hallados, Crombette consigue dar perfectamente la idea de una correspondencia, a veces simétrica, de algunas palabras clave, ampliamente empleadas en el vocabulario corriente de las distintas poblaciones americanas y egipcias respectivamente, provando con ello el origen común de la cepa de procedencia.

Demos la palabra a Crombette:



Una incisión tomada de un manuscrito de 1576, de la colección Aubin, representa Aztlan, el lugar de procedencia de los aztecas

«Se ha pretendido toda clase de origen de los indios de América; ¿por qué no se ha creído lo que decían las tradiciones indias? Los indios declararon que habían venido de Africa por 12 caminos que Dios había abierto en el mare, o sea, 12 islas que Dios había hecho surgir en el océano separando Africa de América. Esas islas, por lo tanto, no existían antes del cataclismo que las hizo aparecer; ahora, entre ellas, la más importante era sin duda la que cita Platón en el Timeo, y que indica en el fondo del océano el inmenso banco que, a 4.000 metros de profundidad, se extiende desde el paralelo 50° al 10°, la Atlántida. ¿Por qué negarse a reconocer además el estrecho parentesco lingüístico que existe entre la **Atlantis** griega

y la **Aztlan** mejicana? ¿Se piensa que esta relación morfológica sea demasiado poco convincente? Pues bien, examinemos la palabra. Y para mejor demostrar el origen africano de los atlántidas, vamos a buscar en la misma Africa los elementos lingüísticos de su nombre. El copto es el que nos descubre el sentido, ya que «**Aztlan**» se transcribe sin esfuerzo en egipcio:

Asch
Quantus
Muy grande

Tel (tel)
Fluxus
Fluido

En;
Extrahere;
Sacar de (o llevar a la luz);

‘Lo que ha sido sacado (a la luz del sol) de la muy grande agua (el océano)’.

Esta es la prueba onomástica de que la isla de **Aztlan** salió bruscamente del océano al que ha dado su nombre. Emergió entonces como se hundió más tarde».⁴

Para comprender bien la referencia, hay que explicar cómo Crombette ha logrado la prueba, en su estudio de la geografía divina (porque es revelada en la Sagrada Escritura), de la existencia de la Pangea y de la deriva de los continentes tras el Diluvio universal.

Añadamos que, como gran erudito que era, obtuvo una clave de lectura de los antiguos jeroglíficos egipcios y del hebraico de la Biblia, mediante el empleo del copto. Esto le permitió sacar del sagrado Texto un enriquecimiento notable respecto a las traducciones en lengua común, descubriendo detalles y precisiones importantísimas y todavía desconocidas. Todo ello sin alterar lo más mínimo la sagrada Tradición y el credo de la Iglesia. Démosle aún la palabra:

«El jeroglífico mejicano que indica la isla de **Aztlan** es una garza que se dice **Azatl**. Ahora bien, si transcribimos en copto este nombre indio, ¿qué vemos?

Asch
Quis
Aquello

Taha
Statuere
Estar de pie

Tel;
Fluxus;
Fluido;

‘Lo que está de pie en lo que es fluido’.

⁴ - “La verdadera historia del antiguo Egipto”, de Fernand Crombette.

Esta definición es perfectamente exacta y totalmente egipcia, no sólo de forma, sino de espíritu; ya que se usaba en el antiguo Egipto, como ya hemos demostrado, denominar a los animales por su comportamiento particular, y la garza es precisamente el ave que acostumbra a estar de pie, sobre una pata, en el agua. Así la Atlántida levantaba sobre las aguas sus picos altivos. Por otra parte la imagen de la garza se aplica a una isla; eso vale para aquellos que han querido localizar a Atlántida en regiones continentales. **Aztlan**, decían los indios, era el país de sus antepasados, los **Aztecas**.

De nuevo el copto revela la clave de ese nombre americano, ya que **Azteca** si trascribe:

Asch	Têk	Ha;
Quantus	Fortis	Caput;
Muy grande, muy numerosos	Fuerte	Cabeza;

‘Muy grandes y numerosos jefes (cabezas) fuertes’.

Compárese esta denominación con lo que dijo a Solón el sacerdote de Sais: «*En esa isla Atlántida, los reyes habían formado un imperio grande y maravilloso. Ese imperio no sólo dominaba sobre la isla entera, sino también sobre un gran número de otras y sobre regiones del continente*».

¿Esos reyes, no eran sus jefes fuertes, los **Asch Têk Ha?** (...) Veamos una semejanza que merece llamar la atención: las leyendas tzentales, refiere Ordoñez y Aguiar, hablan de un héroe civilizador llamado **Votan**, venido de un lugar llamado **Valum-Votan**, ‘la tierra de Votan’... Los rasgos que Ordoñez da a **Votan** le hacen extrañamente parecido a Quetzalcoatl (el jefe mejicano a quien se atribuye haber civilizado el Yucatán).

Votan escribió un libro sobre el origen de los indios y sus migraciones hacia aquellos lugares. El quiso dejar claro que descendía de **Imos**, que era de la raza de **Can (Chan)**, o sea, de la serpiente, y que su nombre venía de **Quivim (Chivim)**. El fue, dice, el primer hombre que Dios envió a esa región para poblar y dividir las tierras que nosotros llamamos América’.

Por tanto tenemos, según **Votan**, la sucesión **Can-Imos-Quivim**, como predecesores del primer hombre desembarcado en América. Por otra parte sabemos que los egipcios tuvieron como antepasados a **Cam (Cham)**, nombre en el que podemos reconocer sin esfuerzo **Can**; luego a su hijo, **Misraim**, el engendrado por el sol: **Mice**, nacido, **Rê**, sol.

En cuanto a **Imos** puede tener el mismo sentido, ya que el sol se dice también **oriens, oriente**, en copto **Iebet Schai**.

Iebet está formado por **I-Hê-Bet = I-Initium-Latus** = el lado del debut de **I**; **I** es por lo tanto el sol, y **Ie** tiene el sentido del sol levante. **I**, en copto, tiene por otra parte el sentido de ‘Yo o El, Me o a El’; aplicado al sol, lo designa con este pronombre respetuoso: El, es decir, aquel que es a tal punto, que no se necesita designarlo de otra forma. Igualmente, en **Schai** se ve **Scha**, resplandecer, brillar, e **I**, que es el sol.

Por tanto, **Imos** se puede transcribir **I-Mes**, el engendrado por el sol (**Mes = parere = engendrar**), como **Misra-im**.

Entre los hijos de **Misraim**, uno se llamaba **Luhabim**, que ha sido el epónimo de las ciudades de Cabasa, de **Queb**, de **El-Kab**; esta raíz **Cab, Queb**, es la que encontramos en **Quivim**, completado con **im**, que indica aquel que ha dado origen a un linaje, como en **Luhabim**. **Votan** era por tanto un descendiente, o al menos muy próximo, de

Luhabim: la concordancia es neta entre éste último y **Quivim**; pero no lo es menos de **Cam** y **Can**, ya que **N** como **M** indica generar, *emittere, mittere*.

A quien todavía dudase de la legitimidad de la asimilación que hacemos de **Rê** con **I**, le hacemos notar que **I** se encuentra en **Ioh**, **Iah**, la luna, y que **Iah** se descompone en **I** y **Ah**; pues siendo **Ah** el signo de lo femenino (confronta **Îchah**, mujer, e **Îch**, hombre), **Iah** tiene el sentido de ‘mujer de I’; y ya sabemos que la luna era considerada la esposa del sol, que es por consiguiente **I**.

Valum-Votan es, se dice, ‘la tierra de Votan’. Veamos como el copto puede explicar esta expresión. Siendo la **V** y la **F** consonantes labiales intercambiables, podemos escribir: **Falum-Fotan**, de donde tenemos **Pha-Lômi-Phôt-En** = *Res propria-Homo-Migrare-Ducere* = *Propiedad-Hombre-Emigrar-Conducir* = La propiedad del hombre que ha dirigido (conducido) la migración.

Así mismo podemos ver en **Valum-Votan**: **Bal-Ome-Bo-Ata** = *Finis - Lutum - Vitis - Multitudo - Extrahere* = *País - Tierra grasa - Bastón del jefe - Multitud - hacer salir* = ‘aquel que, teniendo el bastón de jefe, ha hecho salir una multitud del país de la tierra grasa’. El país de la tierra grasa es Egipto.

Efectivamente, **Valum** se parece al nombre árabe de Peluse: **Farama**, ya que **V = F**, **L = R**, y **Rama = Lômi**, que es **Lum**.

La ascendencia de los indios puede alcanzar su coronación en el gran dios de los Lacandones, **Nohochacyum**, el ‘abuelo’, o sea, el antepasado de todos. El hebraico y el copto nos dan la clave de este nombre: **Noah** significa *permanere*, habitar hasta el fin, o *reliquum fuit*, el que ha sido dejado en vida; al lado de esta palabra hebraica, el copto **ha Nahe** significa *longævus*, muy anciano; y eso corresponde al **Noho** indio. **Chacyum** se encuentra en el copto **Chas-Iom** = *permitte-mare* = dejar ir - mar. De ahí que se traduzca: ‘El muy anciano que fue dejado en vida, habiendolo dejado ir el mar’; expresión perfectamente adecuada a Noé, el antepasado común de la humanidad post-diluviana.

Notemos de paso que si Noé es reconocido por los indígenas americanos como su primer progenitor, aquí tenemos un gran argumento en favor del Diluvio universal, sobre todo si se considera que este dato se añade a la tradición que dice que toda la América haya sido poblada por **Votan**, el cual, hemos visto, no es sino un descendiente de Noé, a través de **Cham** (Cam), **Misraim** y **Luhabim**.

Las distintas pruebas presentadas sobre el origen egipcio de los nativos americanos, son sólo algunas; pero para no prolongarnos, daremos solamente otra, importante. Junto con los ritos y el culto establecido, los mejicanos conocían ritos mágicos que, según ellos, habían sido enseñados a los hombres por dos divinidades, **Oxomoto** y **Cipactonal**. Beuchat reproduce una incisión del ‘Codex Borbonicus’ que representa a esos dioses: uno, que echa semillas sacandolas de una taza; el otro, que tiene en la mano derecha una pátera de incienso, como las que presentan los faraones de Egipto a las imágenes en los jubileos treintenales, y en la mano izquierda un cuchillo; detrás hay un cocodrilo; el primer personaje no parece tener característica animal, pero su mano libre hace un gesto de mando, gesto que se ve también en un jeroglífico egipcio; la incisión termina con el signo del agua. Transcribamos en copto **Oxomoco** así:

Ha	Djô	Mou	Koh
Magister	Ducere	Aqua	Summitas
Señor	Hacer bajar	Agua	Cumbres

‘El señor que hace bajar el agua de las cumbres’.

Conocemos bien esta expresión; ya hemos encontrado una fórmula absolutamente equivalente en los títulos de los faraones que han celebrado un jubileo treintenar: *‘El legislador que hace descender el agua de las montañas sobre el país’*. Con lo cual, estos faraones son identificados con **Thoth-Ludim**, el fundador de esas fiestas religiosas a las que se atribuía la abundancia de las inundaciones y por consiguiente de las cosechas.

Oxomoco, que espase semillas, que ordena al agua de extenderse, cuyo nombre **Oxo** no es sino el de **Thoth** bajo su forma egipcia de **Oudj-Diou**; **Oxomoco** es un dios del primitivo Egipto, el hijo mayor de **Misraim**, rey de Peluse, el mismo iniciador de los ritos mágicos conservados por los mejicanos, ya que su mismo nombre significa palabras mágicas.

Cipactonal es doblemente designato como el dios cocodrilo por su nombre de **Cipac** y por la imagen del grande sauro que lo acompaña. Pues bien, el dios que los egipcios adoraban bajo forma de cocodrilo, no era sino **Luhabim**, el tercer hijo de **Misraim**, el mismo que **Votan** indicaba como su antepasado.

Esto ya sería una prueba; pero hay más. El dios cocodrilo era, para los egipcios, el que presidía las sepulturas porque había inventado la momificación para asegurar la conservación de los cuerpos en espera de la resurrección. Ahora, **Cipactonal** se presenta con un cuchillo, instrumento de disección, y un incensario encendido, como si quisiera significar a la vez el culto a los muertos, la sobrevivencia del alma y el empleo de productos aromáticos para embalsamar los cadáveres. Y su nombre aún es más significativo que sus funciones, porque se transcribe:

Sah-Pahs-Tho-N-El: ‘El señor que impide la corrupción de los cadáveres y que cumple con ellos los últimos deberes’.

Sah-Pahs-Tahno-El: ‘El señor que realiza la conservación de los cadáveres’.

Sah-Pahs-Thên-Òl: ‘El señor que introduce nafta en los cadáveres’.

Sah-Pahs-Tôn-Òl: ‘El señor que conduce los cadáveres a la resurrección’.

¿Se puede pretender una demostración más completa de la identidad del dios egipcio de las sepulturas y del dios indio **Cipactonal**?

El estudio que hemos hecho de la lengua americana, por más que sea breve, nos ha permitido demostrar, sin posibilidad de contestación razonable, su origen egipcio. No nos parece que las múltiples relaciones entre Egipto y América que hemos señalado hayan sido hasta ahora notadas. Y sin embargo muchos han sido los estudiosos que se han ocupado tanto de egiptología como de la cultura amerindia. Entonces, ¿por qué nosotros, aun siendo mucho menos instruidos que ellos, hemos visto estas relaciones que a ellos se les han escapado?

Es que nosotros hemos puesto como base de nuestros estudios un postulado que ellos demasiado a menudo han descartado: **la creencia en la Sagrada Escritura**.

Nosotros hemos aceptado por fe el Diluvio universal, la destrucción de toda la humanidad con excepción de la familia de Noé, la necesaria repoblación de toda la tierra por parte de esa familia; por fe hemos creído que había una lengua única primitiva que se deformó cuando los pueblos se dispersaron en el episodio de la torre de Babel; por fe hemos acogido la tabla etnográfica que presenta el Génesis. Nunca hemos rechazado con desprecio las tradiciones de la humanidad, las narraciones de los antiguos, sino que hemos intentado comprenderlas y comprobarlas. En una palabra, hemos hecho, ante

todo, un acto de fe y de humildad, y Dios nos ha recompensado haciendonos percibir comunicaciones que ni siquiera podían sospechar quienes no las creían posibles»⁵.

Los hijos de Misraim han desempeñado un papel fundamental en la civilización del mundo; dominadores de un imperio que abarcaba el mundo entero, autores de obras grandiosas en la memoria.

«El manuscrito azteca que representa el antepasado en la cumbre de una alta montaña hace pensar en la tentación de Cristo en el desierto: ‘El diablo lo llevó sobre una alta montaña y le mostró todos los reinos del mundo, con su gloria, y le dijo: Todo esto te daré si te postras y me adoras’. Y se piensa en Cam, salvado con su padre y sus hermanos de las aguas del Diluvio que destruyó la humanidad idólatra para que conservara el culto del verdadero Dios..., se piensa en Cam, al que Satanás solicita: ‘Si tú me adoras, yo te haré reinar sobre el mundo’. Y Cam, en vez de decir como Jesús: ‘¡Vete de Mí, Satanás!’, acepta el pacto. Por eso ha sido considerado como el padre de la idolatría y el inventor de las artes mágicas y de la hechicería. El enemigo de Dios, que venció una primera batalla en el Paraíso terrenal, no fue vencido en el Diluvio, sino que pudo levantar otra vez la cabeza y empezar una nueva partida: la antigua serpiente será el dios de Egipto, de Africa, de América, antes de serlo bien pronto del mundo entero con el Anticristo, y ser después encadenado por «1000 años» en el abismo y finalmente arrojado al estanque de fuego y azufre por toda la eternidad. Ese es el inmenso drama, que supera toda concepción, que recorre toda la historia, en la que Cam ha abierto uno de sus actos»⁶.

Así se explica la corrupción teológica de la cábala espuria, que consiste precisamente en pervertir, transformando en magia esotérica (por tanto gnóstica en sentido lato), la tradición recibida desde Adán y transmitida viviente por Noé.

La Atlántida representa ese momento de tránsito del paganismo, hoy día injustamente vista, de una forma anti-histórica, como figura mitológica de un mundo ideal, en el que vivir «en armonía con el cosmos», prescindiendo sin embargo de la única razón y causa de vida del mismo cosmos: Dios y su verdad.

La Atlántida, como mucho de ese clamor histórico de carácter un poco subversivo, viene a colocarse en los antípodas de un *modus vivendi* trazado por el cristianismo; pero con la Sagrada Escritura en la mano, viendolo bien, representa por el contrario la enésima confirmación.

⁵ - “La verdadera historia del antiguo Egipto”, de Fernand Crombette.

⁶ - “La verdadera historia del antiguo Egipto”, de Fernand Crombette.